

5966

Nº 123
Habe manus scribo.

SIETE DIAS

EN EL

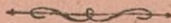
CAMPAMENTO DE AFRICA,

AL LADO DEL GENERAL PRIM

POR

DON JUAN PEREZ CALVO.

COMPRENDE DESDE EL DIA 2 AL 8 DE FEBRERO INCLUSIVE EN QUE HAN
TENIDO LUGAR LOS PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS.



MADRID:

IMPRESA DE T. FORTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, 29.

1860.

SIETE DIAS

EN EL

CAMPAMENTO DE AFRICA

AL LADO DEL GENERAL PRIM

POR

DON JUAN PEREZ CALVO

COMPRENDE DESDE EL DIA 5 DE ABRIL HASTA EL DIA 12 DE ABRIL INCLUSIVE EN QUE HAY
TERMINO EL DIA DE LOS PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS

MADRID:

IMPRESA DE T. FONTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, 39.

1880.

76-6

SIETE DIAS EN EL CAMPAMENTO DE ÁFRICA.

SIETE DIAS
EN EL
CAMPAMENTO DE AFRICA,
AL LADO DEL GENERAL PRIM

POR
DON JUAN PEREZ CALVO.

COMPRENDE DESDE EL DIA 2 AL 8 DE FEBRERO INCLUSIVE EN QUE HAN
TENIDO LUGAR LOS PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS.



MADRID:
IMPRESA DE T. FORTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, 29.

1860.

SIETE DIAS

EN EL

CAMPAMENTO DE AFRICA

AL LADO DEL GENERAL PRIM

1860

DON JUAN PEREZ CALVO

COPIA DE LA CARTA DEL GENERAL PRIM AL LADO DEL CAMPAMENTO DE AFRICA
EN EL DIA 10 DE ABRIL DE 1860



MADRID

IMPRESA DE T. FORTANER, CALLE DE LA FORTANER, 10

1860

AL

EXCMO. SEÑOR DUQUE DE TETUAN.

Ha sido necesaria la guerra de Africa para que yo le saludara á V. E. ayer, le ofreciera mis respetos y le felicitara por las glorias que ha sabido alcanzar para la patria. Hoy me atrevo á suplicarle se sirva aceptar estas ligeras páginas, en las que se refiere mi permanencia en el campamento, siendo testigo de cuanto debe España á la iniciativa de V. E., á su pericia, á su ardimiento y constancia.

Al César lo que es del César.

Es de V. E. con la mas distinguida consideracion su afectísimo seguro servidor Q. B. S. M.

JUAN PEREZ CALVO.

SIETE DIAS EN AFRICA.

I.

SALIDA DE CÁDIZ EL DIA 4.º DE FEBREBO.

Serian las cuatro de la tarde del dia 4.º del mes y año corriente, febrero de 1860, cuando el vapor francés *Brésil*, al servicio de nuestro Gobierno, ostentaba su gran porte en la bahía de Cádiz; aunque en su inmenso espacio se encerraban ya los elementos de la civilizacion moderna, todavia ofrecia cómodo y desembarazado sitio para dar abrigo á los elementos de la guerra; durante cuatro dias de improbo trabajo, se habian depositado todos los útiles para el ferro-carril de sangre, proyectado entre la ria y la ciudad de Tetuan, y en menos de dos horas recibia á bordo municiones, alguna tropa de caballería, un brillante batallon del regimiento de América, y al pobre aventurero que escribe estos renglones; el tiempo era hermoso, la mar tranquila; y tan favorables indicios auguraban un viaje feliz y venturoso; el pueblo de Cádiz, ese pueblo entusiasta y liberal, cuya inmensa fortuna se hermana siempre con el mas generoso desprendimiento; ese pueblo hospitalario y de grande iniciativa, que nivela todas

las clases en las calamidades propias, como estiende su mano y acoge benéfico y activo las estrañas; ese pueblo, que mientras ofrece humilde el oro que la soberbia Albion nos pide, queriendo pagar la deuda de la patria, noble y altivo la brinda con la sangre de sus hijos; Cádiz, la madre tierna y cariñosa de nuestros soldados, que los acoge en su seno y alimenta y acaricia, que con loco entusiasmo y anegada en sublime llanto, los bendice al partir; que solicita é impaciente los aguarda al otro dia de anunciarse una batalla, y los traslada á cómodos y perfectamente preparados hospitales, donde la ciencia les atiende con todos sus recursos, y la religión les prodiga magníficos consuelos; donde cada cual acude con su ofrenda, velando unos, asistiendo otros, y cambiando todos por generosas virtudes, ejemplos de sufrimiento, de resignacion cristiana y de amor patrio; Cádiz, con su pueblo entero, como siempre, acude esa tarde al puerto; los himnos y los vítores pueblan los aires, mientras surcan las aguas lanchas veleras que conducen á bordo mil valientes; en sus rostros se pinta la alegría, de sus corazones brota el entusiasmo; ¡qué mucho si van á encontrarse con sus hermanos! á imitar su ejemplo, á morir con ellos y á triunfar con ellos, á pelear por la honra de su patria; consigo llevan las simpatías de todos, ¡cuántos no volverán! ya se alejan del muelle; de tan calurosa y entusiasta despedida no se perciben otra cosa que los pañuelos que se agitan; ya se encuentran á bordo y sobre la espaciosa cubierta del vapor; ya se encienden las calderas, la máquina comienza á funcionar, la tarde cae, el ancla se levanta, y con magestuoso rumbo pone el *Brésil* su proa á la rada de Tetuan. ¡Adios Cádiz hermosa! ¡Adios baluarte de la independenciam de España! ¡No en vano el destino te ha colocado en medio de los mares! Así te alzas gigante sobre los primeros pueblos del mundo! Así te contemplan arrogante nave, cargada de inmenso poderío! Recibe el cariñoso adios del que tan vivamente impresionado con tus acciones generosas, va en busca de otras á quienes puso ya sello el heroismo.

II.

LA TRAVESÍA.

Desembarazada la tropa de sus fusiles y mochilas, envuelto cada cual en su gran manta, que le presta abrigo, solo se siente el ruido acompasado de la máquina y el suave murmullo de las blandas olas; en aquel ámbito espacioso reina un silencio sepulcral; á la expansion y alegría ha sucedido la meditacion y la tristeza, ¿qué será? ¿los peligros que les aguardan? Seguramente no, con la santidad de la causa y un escapulario al cuello, nuestros soldados, ni esperan, ni temen la muerte; es otra cosa, que no está en el porvenir, que es de presente, que se la ve inmediata y que es imposible de evitar; es el mareo, ¡infelices! Han aprendido que el limon es un excelente preservativo á tan angustioso padecimiento, y todos lo llevan aplicado á la nariz, ¡cuánto hubiera yo dado en aquel instante por traspasarlos el privilegio de que disfruto, porque el remedio fuera eficaz! Ellos, no obstante, lo han aceptado con fe, y seguramente que á muchos no el limon, la fe los salvará.

Apenas habríamos surcado la distancia de una milla, cuando un vapor, procedente de las aguas de Tetuan y que ya era esperado, en Cádiz, se encontraba de cerca con el nuestro, caminando á su destino; el que va conduce la vida y la esperanza, el que viene trae consigo la muerte y la gloria; de cuantos vamos, soy tal vez el único que sabe que allí se lamentan los heridos de la accion del día anterior 34; en mi pecho guardo este secreto, ¡cumplieron su mision como buenos! ¡La patria velará por ellos como sus hijos predilectos! ya van otros á reemplazar su falta; no es pequeña desgracia la sangre derramada, pero es mayor la fortuna, y siempre grande la nacion que encuentra en el instante quien la vengue.

La noche ha cerrado por completo; toda la oficialidad que se encuentra á bordo, ha tomado plaza en la espaciosa y con-

fortable cámara del *Brésil*, y D. Ventura de la Vega, hijo del eminente literato que lleva el mismo nombre, oficial del batallón de Africa, ameniza la reunion sentándose al piano, se acompaña y canta con la gracia que le es tan natural, y á la vez que ayuda su ánimo un tanto abatido por el movimiento del vapor, conforta el de la mayoría de los que le animan y le aplauden sin cesar; el piano es á los oficiales lo que el limon al soldado, pero la mar es una balsa, y solo á los que se marean en un río les puede impresionar; así se explica que los unos se pongan sin inconveniente á cenar, que otros tomen café ó té segun su gusto, y que todos se vayan en seguida á sus respectivos camarotes á descansar; así lo verifiqué yo, no sin dejar encargado á un camarero me avisase á la vista de Gibraltar; por fortuna mia propia y desdicha ajena, no tuve necesidad de aviso previo; con la llegada al Estrecho, se habian estrechado las distancias para los que se marean, y el ruido desagradable y nauseabundo de tantos como *cambiaban la peseta*, me hizo levantar; subíme en el acto al balcon de popa, lo cual no dejaba de ser arrojo á la vista de tantos como allí sufrían, y envidiando no correr aquel trance, que despues de todo es al cuerpo, lo que el diccionario de la Academia, al idioma, *limpia fija* y *da esplendor*, cumplí mi propósito de pasar en claro esa noche tan oscura y de entregarme por completo á la meditacion.

¡Gibraltar! ¡allí está! mas vale no verlo, el rostro se cubriria de vergüenza al mirar dentro de nuestra propia casa ese centinela de vista; adelante, adelante, y como remedio á tanto baldon, mis ojos se fijaban en las costas africanas, allí están tambien y van conmigo los que ensayan sus fuerzas para levantar á España de la postracion en que yacia, los que la harán cobrar aliento y brio y apoderarse en mas breve ó largo plazo de lo que la naturaleza la dió y de derecho la pertenece. Adelante, y cuando acababa de pasar á Gibraltar entre tinieblas, el resplandeciente fulgor de multitud de hogueras, me enseñaba nuestras glorias; allí está el Serrallo, allí están

los reductos amasados con la sangre de nuestros hermanos, allí comienza á estender sus dominios nuestra España. Imposible me es trasladar al papel las sensaciones que en aquellos momentos experimentaba, y las insignes hazañas que instantáneamente se agolpaban á mi imaginacion. Yo recordaba el dia en que, encontrándose aislados, la morisma de frente en fuerzas muy superiores, con el mar embravecido que les negaba todo auxilio, luchaban brazo á brazo y cuerpo á cuerpo, sin volver la cara atrás mas que para cobrar aliento con la vista de la patria, y la victoria coronaba sus heroicos esfuerzos, yo les contemplaba despreciando la inclemencia del tiempo, sin abatirse por los rigores de la peste, alegres y contentos en medio de las inundaciones, firmes resistiendo el huracan, resignados ante la escasez de alimentos, y locos siempre de entusiasmo rechazando al enemigo. Yo seguia con la vista aquellas hogueras, faro luminoso que indicaba el seguro puerto á donde la nacion se puede salvar, y cuando las habia llegado á perder y no las alcanzaba á divisar, ya la aurora que comenzaba á despuntar, me ofrecia cuadros mas completos y mas imponentes á la vez. Delante de mí contempló el rudo y vastísimo teatro donde los españoles acaban de ejecutar escenas tan gloriosas; fragosas montañas lo decoran, una vejetacion feraz y bruta lo reviste por do quier, la naturaleza parece haber puesto allí un límite eterno á los esfuerzos del hombre, y sin embargo, á través de aquellas asperezas, nuestros soldados se han abierto paso, nuestros caballos las han hollado con su planta, nuestra artillería ha grabado en ellas hondos surcos, y donde solo las fieras y los salvajes podían penetrar, se han levantado orgullosas, tremolando por los aires, las banderas españolas: allí se ven los Castillejos, allí las alturas de la Condesa, Montenegron allí; testigos imperecedores de la fama de nuestras armas, sabran decir al mundo, «por aquí pasó el cristianismo y le acompañó la victoria, porque le asistian la justicia y la razon.»

Ya nos encontramos en la rada y á la vista de Tetuan, ya

el silencioso buque que nos conduce se anima como por encanto, las miradas se fijan en la ciudad que se va á conquistar, parece un valle nevado, tal es su blancura, y á quien defien- den de los rayos del sol ásperas y elevadas sierras. ¿Dónde están los moros? es la primera pregunta del soldado, que bulle y se impacienta hasta que da con ellos, y se fija en el campa- mento de la Torre de Gelili y alturas inmediatas; á la distancia en que nos encontrábamos, parecían rebaños de ovejas, y como en su mayoría visten el jaique blanco, no se hacia la menor distincion entre ellos y sus tiendas; el otro campamento, situado en la parte baja y con trinchera artillada, apenas se percibia, pero la curiosidad de los soldados que iban á bordo, se encontraba cumplidamente satisfecha; ya han visto los moros, ya saben donde están aquellos contra quienes vienen á combatir; la empresa les parece fácil, cada cual discurre á su manera, pero todos convienen en que si no son mas que los que ven se bastan ellos solos para dar buena cuenta de aquella apiñada morisma. ¡Lo que engaña la distancia! Yo que veia mas claro, escuchaba con gusto las animadas frases y galanas cuentas de mis compañeros de viaje, y era para mí de feliz augurio, el menosprecio con que miraban y tra- taban al enemigo, que cuando no otra cosa, les daba una gran fuerza moral, siempre eficaz y decisiva en el combate. Luego que se hubieron hecho cargo y formado idea de lo que era el marroquí, descendió su mirada de la altura al llano, y se en- contraron con sus camaradas que en una gran estension desde la playa al fuerte Martin, situado en la entrada de la ria, pro- longaban el campamento hasta la Aduana: absortos y embe- bidos á la vista de aquel panorama, con la presencia de aquellos arenales, que iban á ser luego su morada, enlazando acaso, y sin acaso, los recuerdos cariñosos de su patria, con la nueva vida que les espera de peligros y de glorias, pero sin flaquear su ánimo ni borrar de su rostro la alegría, mi- rando siempre de frente, parecian cuidarse poco, y no se cui- daban en efecto de lo que tenian á su alrededor; han apren-

dido á lo que van y hacen bien: ¿para qué necesitan saber mas?

Pero yo no iba de actor, la mision que me habia impuesto era la de testigo, y antes de saltar á tierra, debia contemplar y fijarme en todo cuanto me circundaba en la rada de Tetuan; aquellas aguas que seguramente no habian sido visitadas sino rara vez por algun buque mercante, se veian favorecidas por multitud de buques de guerra, que las animaban dándolas el aspecto de una imponente magestad; la hasta hoy, pobre y triste y abatida España, daba muestras de su antiguo poderío, y allegando á los propios, los vapores extranjeros contratados por su cuenta, improvisaban un servicio importantísimo para satisfacer las grandes necesidades de la guerra; establecia continuas y rápidas comunicaciones con nuestros puertos, acortaba las distancias entre la Península y las costas africanas, y suplía, estableciendo en medio de los mares, lo que faltaba á nuestro ejército en tierras despobladas é inhospitalarias. Confieso que me llené de orgullo con la presencia de aquella poblacion flotante; aquí se veia un espacioso buque con destino á hospital y con la mas cumplida dotacion para asistir cumplidamente á enfermos y heridos; á su lado se anclaba otro cargado de municiones, mas inmediato á este, la direccion de ingenieros conservaba inmenso depósito de los útiles para su arma; el estado mayor tenia el suyo, la administracion militar varios, la marina para servicios especiales no pocos, y multitud de ellos dedicados á continuos trasportes de soldados, de enfermos, de víveres, de municiones y de cuanto puede necesitarse para sostener muchos miles de hombres donde se carece de todo absolutamente. Así se veia aquel mar hacia corto tiempo desanimado, convertido en un puerto animadísimo, á donde no hacian mas que llegar buques y descargar en el acto, donde no solo se guardaban el mayor número de subsistencias que podian contener, sino que se multiplicaban las remesas, haciendo grandes provisiones en la Aduana y espaciosos tinglados para mantener al ejército por mucho tiempo al abrigo y defensa de un temporal. Tanta pre-

vision, tanto acierto, tanta rapidez y exactitud en el servicio de mar, eran feliz augurio de lo que esperaba ver desde que saltase en tierra.

III.

LLEGADA AL CAMPAMENTO EL DIA 2.

Habia sido el primero cuando salí de Cádiz á trasladarme á bordo del *Brésil*, y fui tambien el primero en desembarcar al anclar en la rada de Tetuan; una ligera lancha me trasladó al muelle, improvisado con grandes tablones, y salté á la playa calzándoseme los piés en aquellos ya calurosos arenales; mi escaso equipaje lo habia dejado á bordo al cuidado del jefe de la guardia de prevencion, y aunque me encontraba solo, absolutamente solo, las contrariedades de semejante situacion, se compensaban con ser del todo desembarazada. Lo primero que me ocurrió fué que estaba en España, que era español y que me encontraba entre españoles; de esta manera comencé á caminar como en terreno propio, y con la desenvoltura y libertad á que da derecho el pais que se acaba de conquistar; á los pocos pasos aprendí donde campaba el segundo cuerpo mandado por el general Prim, y muy luego divisé su tienda que se distinguia de las demás por estar coronada por la bandera nacional. En el corto espacio que mediaba de la playa á la tienda, mis piés caminaban maquinalmente y con dificultad, porque el ánimo, la voluntad y mis ojos, se encontraban embargados ante el sorprendente cuadro cuyo lienzo era el ejército español acampado, y al que servian de bastidores el mar, la ría, Tetuan con el campamento enemigo y las escarpadas sierras en que tantos laureles acababan de alcanzar; como si me estuvieran marcados los instantes y estos fueran cortos, queria abarcarlo todo y darme cuenta

de todo; con la vista volaba mi mente, y eslabonando á Montenegron con nuestro campamento y el de los marroquíes, exclamaba lleno de orgullosa satisfaccion: ¡por allí vinieron ayer! ¡hoy están aquí! ¡mañana se encontrarán allá!

Llegué á la tienda y frente á ella me encontré paseando, por estar de guardia, al comandante D. Antonio Campos á las órdenes del general. Hacia pocos dias que se habia separado de mí este antiguo y ya casi ignorado oficial. La fortuna con sus bienes le habia apartado hacia algunos años de las armas y la desgracia con sus mas lastimosos accidentes le devolvía á tan noble y elevado ejercicio. Jóven, liberal, escelente amigo, sin mas ocupacion que la de servir á todos, viviendo sin trabas al dia, no ocupándose de los embarazos de mañana, le acompañaba una sencillez inoportuna, una inconveniencia tan constante, que únicamente su buen fondo y las elevadas condiciones de hombre servicial, podian hacerle tolerable; ellas le han abierto paso por do quier; ellas le han servido de puerto en el borrascoso naufragio porque acaba de pasar, y el noble conde de Reus que no ha olvidado quién le acompañaba, quién le servía, quién iba y venia en su obsequio en dias de prueba y de amargos infortunios, ha sabido apresurarse á tenderle una mano, como se hubiera apresurado á serle posible, á salvarle su fortuna.

El comandante Campos dió aviso al general de mi presencia en aquel sitio, y no habia pasado un instante, cuando salió de la tienda, y se cruzaban nuestros brazos; saludéle en nombre de todos los amigos, en nombre de cuantas personas tenian noticia de que lo iba á visitar, y no tuve por usurpacion el hacerme intérprete en aquel instante y el saludarle en nombre de la patria. Le encontré de salud como nunca lo habia visto; las dolencias de estómago tan habituales en él habian desaparecido por completo, y ni aun se resentía á pesar de la inclemencia del tiempo, de las heridas de que está acribillado su cuerpo, especie de calendario perpétuo que marca con la mayor precision y exactitud, todos los cambios atmosféricos. Tan

luego como nos habíamos saludado, le manifesté el gusto con que veria al general en jefe para ofrecerle mis respetos, pues siendo el representante del ejército español y el dueño del campamento, lo creia no solamente un cumplido, sino una verdadera obligacion. Parecióle muy natural al conde mi deseo, y mereciendo su completa aprobacion se brindó á presentarme al entonces conde de Lucena, anunciándole préviamente mi llegada y el deseo que abrigaba de poderlo saludar: como era natural, nuestra primera conversacion fué para los amigos, y como tenia que enlazarse necesariamente, con recuerdo de sus glorias, y la ansiedad en que vivian cuando se daba ó preparaba una batalla, tuve el gusto de oir de sus labios una ligera reseña de cuanto habia pasado desde los primeros momentos en que comenzó la guerra en el Serrallo, hasta llegar al punto donde nos encontrábamos; yo escuchaba embelesado aquella historia, en que la verdad y la sencillez se daban la mano, y en la que me parecia imposible estar viendo y hablando á uno de los primeros héroes; tales eran los peligros por que habian pasado, las privaciones que habian sufrido y los inmensos obstáculos que habian tenido que vencer, oponiéndoseles los elementos, la peste y un enemigo astuto y tenaz defendiéndose en terreno propio, escabroso, difficilísimo y para ellos completamente desconocido; me hablaba luego de la armonía y verdadera fraternidad que entre todos reinaba, de la infatigable constancia del general en jefe, de las distinciones que le merecia, contando como la mas principal el conseguir que se retirase á su mandato de los sitios del peligro, á los que se acercaba con mas frecuencia de la que era permitida á su posicion y circunstancias; me daba á conocer en seguida y lo hacia con entusiasmo, lo contento que estaba de los soldados, el sentimiento con que habia dejado el mando de la reserva, y lo satisfecho que estaba mandando el segundo cuerpo que habia recibido de su digno antecesor el general Zavala, cuya bizarría me enaltecíó, lamentando la desgracia que le privara de estar á su frente; los cuerpos facultativos eran objeto de sus mayores encomios

y alabanzas; y sus aspiraciones, sus deseos, no eran otros, que los de que le conocieran los soldados consagrándose al servicio de su patria; esta era toda su ambicion, este todo el premio que se habia propuesto conseguir, porque sabia que nada le podian dar mas que lo que tenia ya: en esto llegó la hora de la misa; los generales de su division O'Donnell y Orozco le pasaron recado de aguardar sus órdenes, y caminando á pié conmigo seguido de su estado mayor recorrimos un largo espacio, hasta que habiendo llegado á la cabeza de su ejército, me encaminó al sitio desde donde podia ver la misa y montó á caballo, despidiéndonos hasta la hora de almorzar.

LA MISA.

La misa en el campamento de Guad-el-Jelú, es el acto mas sublime que puede ofrecer la cristiandad; solo por asistir á ella hubiera tenido mi viaje por muy bien empleado; hasta entonces la solemnidad de mas uncion religiosa para mí, habia sido la bendicion dada al mundo por nuestro beatísimo Padre Pio IX. desde el balcon de San Pedro el domingo de Pascua de resurreccion; es verdad que allí se contemplaba arrodillado al universo, fija su mirada en el cielo de donde descendia la divina palabra á los labios del representante en la tierra de Jesucristo Nuestro Señor; es verdad que aquel rayo de luz divina se estendia por todas partes entre la inmensidad y la nada, y ante ella se humillaba el soberbio, se abatia el poderoso, la fuerza rendia sus armas, las pasiones ocultaban su vergonzosa faz, y entre el nacer y el morir que iguala á todos, todos imploraban en el vacío de la vida, lo que alcanza á todos la misericordia infinita del Señor! Pero este dia, el 2 de febrero, que la iglesia consagra á nuestra señora por ser el de la purificacion,

y toma el nombre de la Candelaria, yo me acordaba que era español y que allí por primera vez, un sacerdote ofrecía al Eterno Padre el cuerpo y sangre de Jesucristo en un grandioso templo conquistado por las armas españolas. ¡Basilica esplendente, levantada en el suelo dominado por infieles agarenos y á que servía de cúpula, no ya la de San Pedro, obra orgullosa de la humanidad, sino la de la creación, el mismo firmamento! A la unción religiosa se unía en mí el recuerdo de la patria; á su gloria la muerte de sus valientes hijos; por ella oí la misa y á ellos se la encomendé. ¡Ah, lógrenla en la otra vida como supieron alcanzarla en esta!

Colocados todos los cuerpos de ejército convenientemente, para lo cual hicieron los movimientos necesarios, aproximándose cada cual en lo posible al edificio de la Aduana en cuya azotea se habia dispuesto un sencillo altar, el general en jefe, seguido de los generales, jefes de cuerpo y de su estado mayor vino á colocarse á la cabeza del ejército y muy próximo al sitio donde la misa se iba á celebrar; un toque de corneta fué el anuncio, el sacerdote se presentó; las músicas apagaron por completo sus armoniosos acentos, y al ruido é inquietud natural en tantos miles de hombres, sucedió instantáneamente el recogimiento y la meditación; yo me situé al otro lado de nuestro campo atrincherado y á retaguardia de las avanzadas, magnífico punto de vista, que alcanzaba lo mismo las nuestras, que las posiciones de los infieles. La ceremonia sagrada comienza; todos fijan sus ojos en aquel modesto tabernáculo adornado con dos luces, pero en el que se reflejan los esplendentes rayos que el sol imprime sobre las lucientes armas del ejército cristiano; el soldado está con el arma al brazo, y su ánimo y su fe con el Altísimo; su semblante lo dice desde luego; ¿cuál será el que no tenga alguna gracia que pedir, algún recuerdo que le mueva, ó compañero por quien implorar? ¿por ventura ignoran que está cercana una gran batalla? ¿No están viendo á su frente el enemigo que les ha de herir? Llega el momento de alzar; la corneta ha hecho la señal; á su eco sencillo sucede

el producido por todas las músicas que entonan la marcha real y con ellas armoniza el ruido de presentar, de rendir las armas, de hincar la rodilla sobre el suelo y de entregarse por completo al Creador: ¡qué sublime cuadro! ¡viniera sobre los cristianos el fuego abrasador de la morisma y estoy seguro de que no se levantarían, hasta después de haber levantado á Dios! continua la misa y con ella el recogimiento y sagrado fervor hasta su conclusion: la conciencia de nuestros soldados se encuentra satisfecha, el espíritu tranquilo, el ánimo resuelto y con todo el empuje para la batalla después de haberse encomendado á quien la ha de presidir.

Los soldados se retiran á sus tiendas; el general en jefe, seguido de los generales, jefes de cuerpo, sube á la Aduana, y yo me vuelvo á paso lento y observando cuanto el camino me permite, hasta llegar á la tienda de mi general, quien me ha citado para después de la misa á almorzar. El campamento me ofrece el aspecto de una grande y animadísima feria en donde las mulas y caballos entran por miles y en la que á cada paso se encuentra uno con la sarten puesta á la hoguera; allí no hay nadie desocupado, pero el contento y la alegría preside á las ocupaciones de todos; el soldado goza de cierta independencia y libertad bien entendidas que lo hacen feliz; hay algo sin embargo en lo que guarda uniformidad perfecta, en dejarse la barba y en quitarse el corbatín ó mejor dicho en prescindir de él; su vida no es la vida acompasada y monótona de los tiempos ordinarios de paz; desde el instante en que suelta las armas forma parte de una familia en la que desempeña el papel que le reparten conforme á sus circunstancias y aptitud; unos se encargan de recibir las raciones y de administrarlas, otros de buscar leña y arreglar fogón y útiles de cocina, estos de lavar y tender la ropa, aquellos de ordenar la tienda y hacer la policía; aquí se le ve limpiar mulas y caballos, mas allá darlos de comer y de beber; en tanto que la sarten rechina por un lado y aguarda el arroz que están limpiando, se ve á los otros despachar su gran cazuela y correr de mano en mano la

bota, y saborear el cigarro que abunda, y es barato y de no mala calidad; las ocupaciones son distintas, los entretenimientos diversos, pero el conjunto admirable y encantador; entre tanto las músicas ensayan y los cornetas aprenden y los tambores en discordes marchas redoblan en la playa, relinchan los caballos, los mulos les acompañan, los vendedores ambulantes pregonan sus mercancías, se ven los carros por hileras trasladando provisiones, la administracion militar en sus apremiantes deberes, las camillas conduciendo enfermos, los médicos y cirujanos que visitan, los practicantes que asisten, los veterinarios que curan, el movimiento continuo de los ayudantes de órdenes, el trabajo incesante de los oficiales de estado mayor, una parte del campo guarnecida de cañones y otra con las armas en pabellon, y todo él atrincherado y con centinelas avanzadas al abrigo de una invasion.

Satisfecha por el momento mi primera y natural curiosidad, traté, mientras llegaba el general, de ver á algunos de los muchos amigos que allí tenia y para quienes mi presencia en aquel sitio debia de ser inesperada y grata, como venturoso el momento de estrecharlos entre mis brazos; confieso que al encontrarme con algunos, sino hubieran sido mas que conocidos míos, los hubiera desconocido por completo; no era solo el semblante cambiado por la inclemencia y el rigor del tiempo, ni la mirada fiera, ni la barba larga, ni la mano tosca, ni lo averiado del traje, ni el asombro de sus caras, lo que me les hacia desconocer; era un sello particular que solo la edad imprime al hombre; no eran trabajos los que habian llovido sobre mis amigos, eran años, y yo que iba dispuesto para contemplar en ellos todo género de averías, no conté ni sospeché siquiera con que aquellas frentes tan corto tiempo hacia lisas y serenas, se encontrarían turbias y arrugadas, ni que espesas y negras barbas se trocaran de repente por blancas y despobladas, ¿quién pudo contar jamás con ver en tres meses consumada la obra de medio siglo? Semejante fenómeno, digno por cierto de estudio, me hizo considerar la guerra, con respecto á los que

la hacen, como una doble partida de bautismo; pero arrugados y canos, tostado el rostro y no del todo limpios, yo les abracé, me dí y les dí la enhorabuena por tan feliz encuentro, escuché de sus lábios sus respectivas historias, me entusiasmé al relato de sus triunfos, sentí sus padecimientos, me conmovieron sus esperanzas, y en casi todos ellos ví con satisfacción el premio de sus merecimientos. Entretenido con tan agradables coloquios casi se me ha olvidado que tengo que almorzar, pero no es solo á mí, tambien por lo que tarda parece habersele olvidado al general; ¿quién piensa en comer cuando se ve rodeado de tan grandes satisfacciones? Algo importante sin embargo debe de ocurrir; del campo enemigo han salido algunos disparos de cañon, nuestras tropas los han oido como quien oye llover, y lo que en mí ha producido alarma, no ha hecho en ellos mas que picarles la curiosidad. ¿Qué será? ¿qué no será? Como es gente práctica, al momento me sacan de la duda; es que nuestra gente hace algun reconocimiento, la han creido á tiro y han probado el alcance de los cañones que artillan la trinchera.

V.

EL ALMUERZO.

Son pasadas dos horas despues de concluida la misa cuando el general vuelve á su tienda, se apea en el acto; un toque particular de corneta nos anuncia que ha dado la órden de almorzar; alimentada ya el alma, el cuerpo agradecido y con el estómago subordinado, entramos en una espaciosa tienda que sirve de comedor: la mesa es capaz para contener un apostolado, sencilla pero limpia, la decoran platos, vasos y cubiertos de metal blanco, algunas botellas de manzanilla, sus aceitunas y encurtidos, y un par de robustos frascos del vino

de racion; el general ocupa la cabecera, y yo le he merecido la distincion de que me coloque á su lado; los ayudantes y oficiales á sus órdenes ocupa cada cual su lugar correspondiente, y su propio taburete, ó si se quiere *tijera*, para hablar con propiedad: el primer plato que se sirvió era de pescado fresco con arroz; pero aun no habia pasado de mano en mano cuando advertí que en la mesa no habia *pan partido*, lo cual, si denotaba sobra de amistad y confianza estrecha, era falta para mí del compañero inseparable de todos los manjares; repartiéronnos en seguida unas galletas que parecían flores, y ya conforme, exclamé: ¡á falta de pan buenas son tortas! probé á pellizcarla y la tortita se resistió; ensayé con el cuchillo y tambien se resistió al acero; entonces apelé á un recurso supremo, á *pan duró diente agudo*; ¡ni por esas! un esfuerzo mas y me quedo sin dientes; hubo un instante en que pensé si aquello seria de adorno, hasta que temiendo que hubiesen observado mis infructuosas tentativas me decidí á decir al general, que el pan estaba demasiado cocido; pruébela usted, me dijo, y verá que son unas galletitas muy gustosas, y colocando una sobre la palma de la mano izquierda y golpeándola con el codo derecho logró partirla en varios trozos. ¡Oh poder del tacto de codos! condenado estaba yo á comérmelos de hambre antes de caer en la cuenta de que se podian emplear con utilidad tan ventajosa; tomé un pedazo, y no pudiéndole rumiar, puse término á nuevos ensayos depositándole en un vaso de vino como indispensable preparacion para poderle masticar; despues del arroz sirvieron ricas patatas guisadas con abadejo, á lo que siguió un fiambre de jamon; todo iba pasando con el rico manzanilla y el sabroso peleon, pues aunque en la mesa habia botellas de agua, perfectamente forradas de paja, solo el general creo que fué *quien las quitó la paja*; de mí sé decir que ni aun la intenté probar; postres de dulce, y pasas y almendras pusieron término al almuerzo, refrendándole por mi parte con un sabroso habano con que quiso distinguirme y obsequiarme el general;

quedámonos los dos de sobremesa, y dile cuenta de lo satisfecho que estaba de mis primeras impresiones, y de la buena acogida que le había merecido y del doble objeto de mi viaje, que á más de ser para felicitarle por sus triunfos, consistía en el de conocer y apreciar de cerca lo que valía el ejército de mi país. — Ha llegado usted en el momento crítico; me dijo el general; pasado mañana levantamos el campo al amanecer, y presenciará usted la batalla que el general en jefe ha dispuesto y que nos acaba hace media hora de ordenar; entonces supe que para esto habían subido los generales á la Aduana después de terminada la misa; que luego habían salido al campo para estudiar y conocer mejor las posiciones que cada cual debía ocupar, y que los cañonazos que se habían sentido eran los que desde la trinchera artillada les habían disparado los moros, sin inquietarles ni causarles novedad; me ponderó lo difícil que sería el desalojarlos de las posiciones que ocupaban, no ya por la trinchera ni por los cañones, eso era pequeño estorbo para él y para sus soldados; desde que los vió se hizo cargo de ellos y los consideró buena presa y en poder de sus bravos, sino porque detrás de aquellas posiciones formidables y sembradas de embarazos, había multitud de huertas inespugnables, de terrenos escotados por zanjas, arbustos y zarzas, y que siendo practicables para los que estaban posesionados de ellos, conociendo entradas, salidas y veredas, eran un laberinto, una dilatada red donde nuestros soldados tenían que caer necesariamente sin poder adelantar un solo paso; estas atinadas y oportunas consideraciones, dichas con la sencillez y espontaneidad con que lo dice todo el conde de Reus, me hicieron penetrar de lo bien que en tan cortos momentos se había hecho cargo del plan que el general en jefe le acababa de comunicar, y no solo en el conjunto, sino en todos sus pormenores, accidentes y detalles. Y bien, mi general, le decía yo, demos por tomadas las trincheras y el campamento bajo con sus huertas y terreno quebradizo, ¿cómo se sostienen nuestras tropas, cuando pueden abrasarles los fuegos de

los otros campamentos situados en la torre de Gelili y alturas inmediatas y hasta los disparos de la plaza? Y como quien sigue la hilación de una idea que acaricia en su mente, me contestaba: — «Luego que hayamos tomado la parte baja, sabe Dios á donde iremos á parar y hasta si acamparemos en el mismo Tetuan; de lo que yo respondo á usted es de que pasado mañana, á esos cañones cuyas balas nos buscaban hoy, les pasaré estas manitas por el lomo;» y esto me lo decía, no en tono baladron, nada de eso, sin arrogancia, con frase débil, inocente y hasta humilde; acaso él me hablaba entonces, preocupado, creyendo que hablaba consigo propio, y yo le contestaba asimismo sin saber lo que decía; mientras él se creía ya dando la batalla, mi mente estaba en la Providencia, yo me acordaba de Dios, y aquella seguridad, aquella fe con que me hablaba el conde de Reus, me le presentaban, no ya con el escudo de la fortuna, sino como el instrumento que Dios guarda, que alienta y fortifica para que se cumpla su justicia:

VI.

SIMULACRO.

Levantámonos en seguida de la mesa, y llamando á sus ayudantes de órdenes hizo comunicar las necesarias para que inmediatamente formara el ejército en las llanuras de la playa; ya yo tengo aprendido mi papel, debió decir, y ahora quiero ensayar el que les toca desempeñar á mis soldados; el grande y terrible drama debía tener lugar el día 4, y el 2 por la tarde hacia el conde una especie de ensayo general; de esta manera, les quedaba á sus tropas el día 3 de descanso, á fin de que cada cual pudiera presentarse tranquilo y desahogado al desempeño de la parte que le hubiera de tocar. Apenas habían mediado algunos minutos entre dar y comunicar las ór-

denes, cuando las músicas, con sus aires marciales y guerreros acentos, anunciaron estar esperando la presencia del general; este montó su brioso caballo, y seguido de su estado mayor y escolta, recorriendo un corto espacio se encontró al frente de su ejército que, en orden de parada, le aguardaba ya; allí estaba también el general en jefe, que nunca falta en actos semejantes y preside gustoso las maniobras de su brazo derecho, de su predilecto general; era la primera vez que yo veía maniobrar á nuestras tropas en fuerzas tan considerables; los movimientos se hacian con geométrica precision y con tal regularidad, que aquellos soldados bisonos, aunque por su traza y porte aguerridos y veteranos, obedecian á las voces de mando y al lenguaje de la corneta, como tocados por un resorte, y lo mismo en grandes masas que por batallones y compañías, lo mismo la artillería que los caballos y los infantes. Yo no entiendo una palabra de táctica, confieso sin rubor este pecado, solo por mis ojos me daba cuenta de lo que allí estaba pasando, pero ví mas de lo què me decia el sentido, tenia un barómetro que era infalible para mí y robustecia por completo mi opinion; era este el semblante placentero del conde de Lucena, el aire de satisfaccion con que revolvía su caballo, el orgulloso porte que desplegaba al contemplar la soltura, el desembarazo, la seguridad, con que aquellos valientes ponian por obra su plan á manera de simulacro, viendo ya en perspectiva coronados sus esfuerzos con los lauros de una tan próxima como segura victoria. El ejercicio se prolongó por largo rato, y luego que el conde estuvo satisfecho, trató de rematar su obra con el sello de su palabra; formóse el ejército á su alrededor y con su clara y potente y enérgica voz, supo inflamar su espíritu y establecer esa corriente eléctrica á la que se debe el triunfo en los combates; enseñándoles los campamentos enemigos, ponderando el heroismo, las privaciones, la fatiga del soldado, les decia: «¡Allí teneis el término de vuestras glorias y nuevos é imperecederos laureles que conquistar, ese enemigo á quien habeis vencido en

tantos combates os aguarda por primera vez en sus trincheras, con sus cañones, con sus multiplicadas líneas de defensa! ¡Pasado mañana vamos á su encuentro y á presentarle la batalla! ¡Aunque sus fuerzas concentradas son superiores á las vuestras y el terreno les favorece con ventajas, yo tengo la seguridad de que lo vencereis! Pero vuestro general no se contenta con eso. ¡Yo quiero que aquellos cañones sean para los soldados que yo mando!» y los soldados llenos de entusiasmo gritaban ¡sí, sí! «Yo así lo espero, yo confío en que vosotros los tomareis, porque si así no fuera, vuestros generales irían solos y con el pecho descubierto á tomarlos, y estoy seguro de que no consentireis que vuestros generales mueran abandonados á la boca del cañon; ¡soldados, hasta pasado mañana en que nos encontraremos juntos al frente del enemigo!» Y con vivas á la Reina, como acostumbra siempre el general Prim en los momentos solemnes, remataba su elocuente y guerrera á la par que sencilla improvisacion, y las tropas desfilaban para ir á sus tiendas á descansar. *sin iv otro, obusos y balas ille*

Ni se puede ser más afortunado que hasta entonces yo lo habia sido, ni aprovechar mas el tiempo, ni ver tanto y tan bueno en el intervalo de unas cuantas horas; ya he admirado el cuadro en bosquejo, pasado mañana lo contemplaré en grande, con el vigoroso colorido del fuego, y con el terrible y humeante estruendo de la pólvora y las balas, sin que por esto cambie su trazado, ni sus líneas se desfiguren; alguna diferencia habrá para el observador entre lo vivo y lo pintado; hoy he visto á nuestros leones ensayarse en la arena, pero no tenían delante los tigres y panteras; están ocultos en sus inmundas madrigueras, se hace preciso irlos á buscar, aguardemos á pasado mañana; hoy todo ha sido movimiento, todo vida; ni ha sonado el ronco estampido del cañon, ni se ha sentido el sangriento y silencioso ejercicio de las bayonetas, ni la destrucción ni la muerte se ha sembrado por do quier; aguardemos á pasado mañana. Y apartando de mi imaginacion toda idea sangrienta pasé del drama á la comedia y dirigí mis pasos

al campamento; muy pocos hube andado cuando vino á facilitarnos el feliz encuentro del teniente auditor de guerra en el ejército de reserva, mi particular amigo D. Francisco Monteverde; yo tenia que poner en manos del general jefe de dicho ejército Sr. Ríos, una carta de su señora, de la cual era portador el capitán del vapor *Brésil* y cuya entrega me habia confiado; el sitio donde acampaba estaba muy distante; nada menos que junto á la Aduana; fué nos preciso tomar fuerzas á favor de una botella de cerveza inglesa, y con ella en nuestros cuerpos, los pusimos en movimiento haciendo las convenientes escalas, cualquiera que encontráramos amigos; el que mas nos entretuvo de estos y de quien no quiero dejar de hacer mencion fué mi padrino, el bravo coronel N., el cual se encontraba en cama atacado mas bien por su genio que por otra enfermedad. Los que conocen á este valiente, saben que durante la guerra actual habrán podido faltarle ocasiones, pero que las que se le hayan presentado las ha sabido aprovechar con tanta mayor decision y entusiasmo cuanto mayor fuera el peligro; mas al valor no se le satisface solamente con el premio, busca mas que eso; el valiente, cuanto mas lo sea, es mas niño, y es preciso acariciarlo y mimarlo como á tal; el coronel no se quejaba por haberle dejado de ascender, efecto del heroico comportamiento observado en la última acción en que acababa de tomar parte; se lamentaba, sí, de que con no aparecer en la propuesta pudiera empañarse su hoja de brillantes servicios, y esto escitaba su bilis y su mal humor y le indisponia, y metido en cama no encontraba otro desahogo y remedio que elevar una esposicion á S. M. pidiendo su retiro. ¡Vaya un calmante! exclamé, luego que le hube escuchado; estos son paños mojados, esta es una cataplasma, esta medicina se tira, y diciendo y haciendo le rasgué el papel; hícele comprender que obraba mal, que no podia desairarle quien le habia dado tantas muestras de cariñosa predileccion, y que lejos de mostrarse enojado por desaires soñados, debia someterse gustoso á las órdenes de sus superiores, continuar peleando por su

patria desinteresadamente y no acordarse para nada de las recompensas, porque espejos tenia delante donde poderse mirar. Despues he visto que algun ángel guió mis pasos á su tienda, y que sin mi presencia allí y el natural influjo que me daba mi cariñosa amistad, el amigo no hubiera asistido á la gloriosa jornada del 4, donde representó tan brillante, tan heróico y tan afortunado papel; si á mi consejo lo debió, recíbalo en pago de los fraternales oficios y esquisita solicitud con que siendo mi padrino me sirviera en una para mí crítica situacion.

VII.

UNA VISITA AL GENERAL RÍOS.

Despedíme de él, lo abracé con alma y vida, y seguimos nuestra ruta hasta dar con la tienda del general Rios cuando ya comenzaba á oscurecer; el ayudante que estaba de guardia entró recado de nuestro deseo, y el general nos mandó entrar sin dilacion; no nos conociamos mas que de nombre, si bien yo habia tenido ocasion de apreciar las dotes nada comunes que adornan á este general. A mi paso por Cádiz, tuve noticia de cuanto debia la espedicion africana á su diligencia y actividad; él estaba en todo y lo hacia todo, pero de una manera tan natural y sencilla, tan poco gravosa, que merecia el aplauso de los mismos á quienes por precision tenia que molestar; el general Rios es uno de esos seres privilegiados que se imponen á todos y á todo con la mayor facilidad; que lo que se proponen hacer se lo encuentran hecho, salvando siempre las dificultades con la razon y el convencimiento, y lo mismo en lo civil que en lo militar, en lo eclesiástico que en lo judicial; dotado de una palabra siempre fácil y en ocasiones elocuente, cautiva al amigo, atrae al contrario y mueve al

indiferente. ¿quién mejor que él hubiera ordenado y puesto en juego las magníficas disposiciones del pueblo de Cádiz durante esta guerra? ¿A quién mejor que á él pudo confiar el conde de Lucena el rápido y seguro embarque de las tropas, el del inmenso material de guerra, víveres y municiones, y el de toda clase de utensilios? Repito que no le conocia, que nunca le habia hablado, pero la justicia deja correr mi pluma en su obsequio, tributándole en estos humildes renglones el aplauso que se merece. Hizonos tomar asiento en cuanto entramos; dile la carta de su esposa, y me manifestó que era la cuarta que de ella recibia en aquel dia; esto, á mas del tierno afecto de la esposa, á la sazón en Algeciras, me indicaba, que nuestras comunicaciones con la madre patria eran tan rápidas como frecuentes, y que si el general era tan diligente como su señora era una compensacion al no verse él estarse hablando de continuo; hablamos de Cádiz, de mi viaje, del campamento, de cómo se hablaba en el país de la guerra, y de todo cuanto se puede hablar cuando los instantes son contados, pero con un agente y una fuerza impulsiva como la del Sr. Rios, que da pié y animacion y palabras; me esplicó la accion del 31 en que tan buena parte le cupo, y lo hizo describiéndome en un papel que conservo, las posiciones de los dos ejércitos, el encuentro y sus resultados; por la explicacion comprendí que habia sufrido alguna, aunque suave reconvenccion del general en jefe; pero sea que yo no lo entienda, ó la maña que se diera para presentarlo, ó que no oia á ambas partes, aunque parecia representar la contraria de la mejor buena fe, yo acabé por convencerme y creer que de su parte estaba la razon. La noche habia entrado ya, se acercaba la hora de comer; la distancia á la tienda del conde de Reus era grande, y con sentimiento, pero obligado por la necesidad, me despedí del general Rios, agradeciéndole sus finos y corteses ofrecimientos.

VIII.

LA COMIDA.

Sin la guía de mi compañero el auditor, yo hubiera llegado á mi destino á punto de quedar cesante, esto es, con la sopa debajo de la mesa, pero con su ayuda y el favor de multitud de hogueras, saltando barrancos, pegando tumbos, hundiéndonos en la arena, pisando muy á menudo y no sobre yerba, caminábamos al compás de las músicas cuyos ecos nos seguían por todas partes, y hacíamos convenientes y oportunos descansos, que así servían para cobrar las perdidas fuerzas, como para recrearnos viendo á los soldados alegres y bulliciosos, devorar los ranchos y empinar las botas y apiñarse al fuego y cantar gozosos por la patria y contra el moro.

Llegamos á la tienda de nuestro general á la hora crítica, la corneta daba los toques de á comer, y todos, y en el mismo orden que para el almuerzo, nos encontramos en el instante sentados á la mesa, siempre modesta, siempre limpia y no mal alumbrada; cuatro músicas de regimiento situadas alrededor de la tienda, y á cada una de las cuales sirve de centro una inmensa hoguera, nos acompañaron alternando con himnos y aires nacionales mientras la comida tiene lugar; esta, se diferencia muy poco del almuerzo, en vez de pescado, el arroz suele estar guisado con carne, y se sirve además alguna lata de salmon, los mismos vinos y el mismo no-pan; este último podría sustituir al garbanzo, porque de seguro, crece y se ablanda echándole en remojo; algunos han discurrido meterlo en agua de mar y luego lo plantan sobre ascuas para hacerlo tierno, pero tanta complicación ha llegado á enterme- cerme á mí, y yo encuentro el remedio peor que la enfermedad; la conversacion durante y despues de la comida, es mas

animada y viva que la del almuerzo, ya puede decirse que la próxima batalla está en la orden del día; trincheras que asaltar, cañones que cojer, abierto el campo á nobles y elevadas ambiciones; el general dice al jefe de su escolta, que es un teniente: usted es el que va á cojer la artillería de la trinchera, cuando estemos allí, yo le diré á usted como, y usted la cojerá, cualquiera diría al oírle con tanta frialdad, que la empresa era tan fácil como el alcanzar de un árbol unas cuantas naranjas; el teniente contesta con agradecimiento al mandato del general, y los demás allí presentes, parece como que envidian semejante distincion; yo soy el único que allí está fuera del cuadro, todos van á ser actores y yo simple espectador; consuéleme, en medio del papel desairado que represento, la idea de que no es mi carrera la carrera de las armas, ni yo he ido allí para batirme, ni tengo por qué ni para qué hacer alarde de valor donde todos son valientes; yo he ido á sentir, y como para sentir se necesita ver y ver de cerca, aun á riesgo de encontrarme con algo que no busco; me decido á suplicar al general me permita acompañarle el día de la batalla: con mucho gusto, me contesta, pero á mi lado no va usted á ver nada, únicamente verá usted lo que yo haga y lo que pase á mi alrededor, yo le situaré á usted en sitio ventajoso y que dominando lo mismo nuestras posiciones, que las de los moros, pueda usted darse cuenta de todo lo que suceda, verlo todo y apreciarlo todo. Muchas gracias mi general, mis deseos no pueden estar mas satisfechos, ya estoy contento ¡contento! digo mal, me aflige y no se aparta de mí la idea de una desgracia, que por lo buscada, es inminente y hasta natural: de la mesa nos trasladamos á la hoguera que arde frente á la tienda del general; con el cigarro que salimos fumando al sereno se concluye la serenata, los músicos han acabado de soplar los instrumentos, y comienzan á soplarse unas botellas de manzanilla con que siempre los obsesaba el general, la tertulia continúa despues en su tienda á donde acuden á formar parte algunos jefes de su estado ma-

yory; se habla del espíritu de los soldados, de su entusiasmo por cojer los cañones, de todo lo que el día ha dado de sí, y entre nueve y diez se retiran todos á descansar.

IX.

EL SUEÑO.

¡A descansar! para dar á mi cuerpo tan indispensable satisfaccion, me han destinado un lugar en la espaciosa tienda de los ayudantes del general, coronel Detandre y comandante Campos; allí, ¡lo recordaré mientras viva! sobraba espacio y faltaba cama: consistia esta en un saco relleno de heno ¡pero qué saco Dios, qué saco! por lo corto parecia vestidura de romano en tiempo de guerra, la almohada era un talego relleno de la misma lana vegetal que el saco, y la cual sirviendo á mi cabeza de descanso, descansaba á la vez del oficio que durante el dia desempeñara como pesebre artificial; era una cama levantada sobre arena y á ella me tenia que ajustar reduciéndome todo lo posible; cualquiera creerá que al acostarse se desnudaba uno como parece natural, nada de eso, mientras estuve en Africa, no me desnudé sino de las pasiones políticas; jamás me víen situacion parecida, ni tan echado por los suelos, ni tan sujeto de manos, piés y cabeza, ni con mayor deseo de mover la lengua y de alborotar; mis compañeros de cuarto ó pieza reian de firme al contemplar lo apurado de mi situacion, y sin duda, para hacerla mas llevadera y tolerable, el coronel llamó á su asistente Juanillo, y en un español que no parecia francés, ó lo que es lo mismo, en un francés que tampoco se asemejaba al español, le encargó que trajera inmediatamente á la tienda el caballo inglés y el andaluz. ¡Santos cielos! exclamé: ¡qué vá á ser de mí! ¡está usted en su juicio coronel! ¡los caballos aquí! ¿No considera usted

que estoy entre henos y podrán tomarme como pasto? ¿Usted se ha propuesto que yo grite ¡socorro! y que ponga el campamento en conmoción? Y entraba en esto Juanillo con los dos caballos; que no eran sino dos soberbias botellas de bálsamo contra el sueño y para el sueño, la una de esquisito rom de la Jamáica, esta era el caballo inglés, y la otra de Jerez añejo y á quien llamaba Detendre el caballo andaluz, esto era ya otra cosa, á mala cama colchon de vino, á fe que estamos en Tetuan; si no es tierra de camas, es tierra de monas; ¡ojalá sea tan fácil cojerlas como el poderlas dormir! Y entre ocurrencias y risas y tragos y brindis, se iba entreteniendo el sueño y se privaba á los de las tiendas inmediatas el que lo pudieran reconciliar; los recados se sucedían unos á otros, anunciándonos que ya habían tocado á silencio las cornetas, y nosotros los despedíamos con cajas destempladas, hasta que vino uno del general y nos quedamos riendo y murmurando tan por lo bajo, que apenas entendía yo la pregunta que me hacían los camaradas ¿y qué hemos de hacer? á lo que yo contestaba pianísimo: descansar y tornar á beber. Seguimos un buen rato en este tono, con la luz apagada y la botella ardiendo, hasta que mis compañeros fueron cambiando las palabras por arrullos, y los arrullos por ronquidos, haciendo un soberbio terceto con el cercano mar, cuyo rugido parecía que se habían propuesto imitar: después de la bebida, el cuerpo me comenzó á picar, pero yo no puedo disponer de las manos ni aun cosquearme, sino á riesgo de saltar á la arena, ya se me antoja que sobre mí hay lucha de gladiadores, ya veo llegado el caso en que el insecto vil tan familiar al moro, se apodera rabioso de la sangre de un cristiano, yo no puedo dormir, consuélame el adagio: quien tiene enemigos no duerma ¡triste consuelo! van dos noches de vela y sin luz, una en el mar y otra en tierra; la primera la consagré á las glorias de mi patria, y aunque con las glorias se olvidan las memorias, esta noche no se borra de la mía la cama donde me acostaba en casa; qué remedio, no hay atajo sin trabajo, en

algo se ha de distinguir y aun en algos Africa de España; el cuerpo á lo que se acostumbra ¿acaso la naturaleza es mas que la costumbre? unas cuantas noches mas y me sucederá lo que á mis compañeros que duermen como dos lirones.

X.

RECUERDOS DEL CAFÉ DEL PRÍNCIPE.

¡Qué noche tan larga! y serian las doce, á esta hora, decia yo para mí, comienza á animarse la tertulia del café del Príncipe, ya se han ido marchando los padres graves, columnas firmisimas de aquel templo, y que solo con la muerte se vienen á relevar, ya D. Carlos habrá hablado de cuando su padre le llevó, vestido de guardia-marina á ver al rey José, al cual, como le preguntara para qué queria la espadita que ceñia, le contestó *que para matar franceses*, y el rey le aplaudió el chiste inocente; ya habrá contado lo que vió en Paris y en Londres hace medio siglo, y cubriéndose media cara con su larga mano, habrá dicho al mas próximo: «Aquí falta lo que á mí me sobra..... educacion.» ¿Si habrán vuelto en mi ausencia Manolito y Peleguer? De seguro Lara y Mendez se insultan en este momento, aprovechando el en que el presidente Estrella, Eolo de aquellos vientos, se ha retirado ya; el primero envuelve el bollo para la perrita, y el segundo toma el chocolate que habrá ganado á *l'ecarté*, me parece que oigo á Catalina que está contando algo del Horizonte mientras Palencia retoza con el gato, y Rubi provoca las iras de Ferrer del Rio, que toma el chocolate y duerme á un tiempo, cogiéramosle por aquí y de seguro le veriamos despierto; ya habrá llegado Narciso Escosura con la crónica del dia, y animará el cotarro imitando tipos raros, contando hechos y aventuras de sus infinitas peregrinaciones y sazónándolo todo con la sal que

le es tan propia y que hace las delicias de aquella reunion; D. Vicente Salamanca está diciendo ahora, que no es mas que español, sin dejar de ser servil, y trinará contra moderados y progresistas y neos y polacos y sobre todo contra los ingenieros; á fe que no dejará de salirle al encuentro Ramoncito Echevarría, quien dirá algo bueno de los ingleses, á riesgo de que Florencio Romea, le llame mal español; allí estarán ya Luzaró, y Ventura de la Vega, Batalla y Aheran, Barbieri y Roda, etc. etc., todos se entregan á contar lo que saben, á sostener sus opiniones con calor y á hacer revistas retrospectivas; cuántas personalidades lloverán esta noche! y sin embargo, fuera de aquellas puertas ya no hay nada, todo se queda allí en aquel pobre y humilde, pero glorioso recinto, de donde han salido tanta glorias políticas y literarias, tantos ministros y altos funcionarios, tantas ilustraciones que han honrado al país, y cuyo carácter y fisonomía no ha sido bastante á borrar la mano del tiempo que todo lo llega á destruir. ¡Ay amigos míos, si fuera posible que os trasladarais en este momento al sitio en que me encuentro, vierais con asombro al hombre alegre y bullicioso, acurrucado como un manso corderillo, aguantando el resuello mientras lo sueltan á borbotones este par de ayudantes á quienes Morfeo estrecha en sus brazos! vuestro recuerdo me sirve en este momento de consuelo y distraccion, yo no puedo pegar los ojos; ó Calderón mintió cuando escribió *La Vida es sueño* ó no estuvo en Africa como yo estoy; tambien vosotros os acordareis de mí y echareis de menos el inocente candor con que trataba las cuestiones, acallando toda murmuracion y rematando con frases lisonjeras las víctimas de vuestras lenguas viperinas; ¡quién poseyera un hilo eléctrico desde esta tienda al café! ¡qué dialogo tan animado y entretenido podríamos sostener! Vosotros estareis contentos, satisfechos, murmuradores, saboreando el rico chocolate y el aromático jamon, y con una blanda cama, donde en seguida vais á descansar, pero en cambio de todo eso que á mí me falta, yo he visto lo que vosotros

no vereis, lo que en la vida del hombre se presenta una sola ocasion de ver; me encuentro en el campamento de nuestro ejército; he visitado las ayer africanas, y hoy costas españolas; es verdad que estoy velando, pero velo cuando descansan miles de hermanos míos, á quienes los trabajos, las fatigas y las penalidades inherentes á la guerra, les hacen tomar los arenales como blando lecho, y como suave arrulló el bronco estruendo de los mares; pasado mañana les veré levantar el campo y marchar denodados á conquistar otro nuevo y mas inmediato á la ciudad. Adios, amigos míos, y no me agradezcais este recuerdo, con que la esquivéz de Morfeo, para conmigo, os ha querido agraciar.

Ya van pasadas algunas horas; lo que yo no he podido tocar, les ha agarrado profundamente á mis colegas, y continúo inmóvil y en la misma postura con que me tendí; los vecinos deben estar en disposicion de que no les despierte ni un carro que les pase por encima; ha llegado el instante de despertar á los de casa; así lo hago, encienden la luz y mantenemos una conversacion de recuerdos y aventuras hasta que el alba comienza á despuntar; no la anuncian como en los frondosos valles, ni son mensageros de ella, los dulces cantos de las aves ni los armoniosos trinos de mirlos y ruiseñores; no es aquella la mansion de los tímidos pajarillos, es el recinto de la guerra donde apenas asoma la luz del claro día; reemplazan los cantos armoniosos, los infinitos variados instrumentos de las bandadas y músicas militares que tocan la diana; rompiendo el silencio de la noche con mil ecos de entusiasta melodía; el campamento recobra como por encanto toda su vigoroso poderío; la luz de las ardientes hogueras presta y anticipa su esplendor á los rayos del sol que aun ocultan las montañas; el movimiento y la bulla que crece por instantes, se siente en todas partes, y cual si fueran caracoles que salen de la concha, se ve que todos salen de sus tiendas á la vez; yo ensayé á levantarme, desenvuelvo mis brazos y me encuentro la ropa como si me hubieran puesto en remojo; me quiero incorporar y no

puedo; el relente del mar, y la paja y la arena me han tomado por semilla, y no parece sino que en tan pocas horas he echado raíces segun lo agarrado que me encuentro á la tierra; en vista de este percance, con el que yo no habia contado, el coronel manda á Juanillo que traiga los caballos para ver si con su fuerza me ponen en movimiento y con friegas interiores y exteriores, sirviéndome el inglés de cepillo, logro mover los remos, y remando, remando, salgo al campo, me arrimo á las hogueras, á donde soldados y jefes y oficiales y paisanos y todo vicho viviente acude á enjugarse y á depositar el argentino rocío con que la noche les ha brindado como si fueran flores; las tiendas están que se las puede torcer, y eso en tiempo seco y en noches apacibles y serenas ¿cómo estarían cuando los cielos se desgajaban y bramaba el huracan, y las arrancaba furioso y tenian que levantarlas sobre charcos, é inmundos lodazales? Tambien las tiendas parecian querer acercarse á las hogueras, y esperaban agradecidas que el sol las cubriera con su dorado manto,

XI.
DIA 3 DE FEBRERO. — LLEGADA DE LOS VOLUNTARIOS CATALANES.

La primera operacion despues del toque de diana y cuando todos se han levantado era la de *ir á tirar á las palomas*, frase hecha en el campamento y que en el lenguaje social no tiene traduccion conveniente; en seguida venia el café y el campamento se convertia de repente en el café Suizo, café cuyo aroma transcendia por todas partes; esta industria, luego que la guerra concluya hará rápidos progresos; los soldados han aprendido á hacer un buen café, y se lo tomaban como unos señores, acompañándolo con su galleta correspondiente; yo lo tomé con el general, de quien aprendí á partir la galleta con el codo;

después se la hacia pedacitos con los dientes, y se iban depositando en la taza; y á favor de estar el té bien caliente se reblandecía y hasta se esponjaba, convirtiéndose en sopa que podía pasarse aunque siempre con alguna dificultad. Ya se encuentra uno ágil y con el estómago abrigado, mientras tanto ha salido ya el sol, se ha desechado la pereza y comienza la policía; cada cual se ásea como puede y donde puede y al que no lo hace se le conoce y distingue de los demás, lo mismo que se conoce, negro y sùcio como está, el dia en que se lava un carbonero; lo que mas blanquea son los dientes; acto continuo el que tiene correo que despachar lo despacha, el que tiene algo que coser se lo cose; si tiene asistente descansa y sino se cuida á sí propio y se basta; la vida activa y el movimiento continuo como siempre; raciones que van y vienen, cargar y descargar, asistencia á los enfermos, y todo cuanto há menester una gran poblacion interior y anteriormente considerada, con la particularidad de que allí no hay murallas que impidan la vista ni casas que presten abrigo, ni secretos que poder guardar; todo está á la vista, todo es público y uno es testigo de los actos, movimientos y operaciones de todos los demás; nada se guarda, ni nada se pierde, ni á nadie se engaña. ¿Por ventura no es esta una felicidad? Aquella vida recuerda la vida inocente y patriarcal de los tiempos primitivos; el mismo pan, la misma carne, igual arroz, idéntico vino para el soldado, para el jefe, para el general: suele haber ligeras escepciones: no falta quien mantenga alguna gallineta y hasta suele sentirse el balar de tiernos corderillos destinados al sacrificio en momentos supremos; pero aun en estos casos son bienes comunes; como le haga falta á un soldado que necesite convalecer, de seguro que para él será, que no es a primera vez que el mismo general en jefe, noticioso de que para algunos soldados habia faltado racion, les ha mandado la comida que tenia dispuesta para él. Así se explica no solo la subordinacion y la moral tan ejemplar en nuestros soldados, sino el cariño que tienen á sus jefes, que los cuidan, que

se anticipan á sus necesidades, que dan el ejemplo en las privaciones y en los peligros y les trazan con sus pasos el camino de la gloria. Yo he visto al conde de Reus consagrado incesantemente á sus soldados, revistar sus tiendas, procurarles la mayor comodidad, probar sus ranchos, no olvidar su policía y recibirlos y escucharlos delante de su tienda, encantando á todos su amabilidad y sencillez por el cariñoso respeto que infunde la superioridad cuando se ejerce paternalmente; así es como se manda y así tambien como se obedece.

Se han pasado las primeras horas de la mañana y está ya cerca el medio dia, hora en que se acostumbra almorzar; el general de division D. Enrique O'Donnell, que ha debido ya satisfacer esta necesidad, se presenta en la tienda de su jefe inmediato, el conde de Reus, con quien conversa largamente, sin acordarse de que este tiene que hacer algo por la vida; el estómago de mi general debe estar tan bien educado, que cuando tiene alguna ocupacion ni le avisa ni le llama; la entrevista ha durado un par de horas, y cuando se ha quedado solo, se acuerda, no por él, sino por las caras de los que estamos á su lado, que tenemos que almorzar; suena la corneta y á la mesa; se efectúa el almuerzo con suma quietud y tranquilidad; se pasa revista á las familias, por los que la tienen; el general ha sabido de la salud de su señora, que se encuentra en París, y de su hermoso niño, que cuando le preguntan ¿dónde está papá? contesta que ha ido á matar moros; se mencionan tambien los amigos de Madrid, para quienes el general tiene recuerdos y frases cariñosas, y cuando no se sabe cómo matar el tiempo hasta la hora de comer, y se dispone á presentarme al general en jefe, que ya tiene noticia de mi llegada y le ha prometido que me recibirá con sumo gusto, se nos viene un suceso nuevo é inesperado, y con él varias y gratas impresiones, por que necesariamente vamos á pasar: un ayudante del general en jefe comunica al conde de Reus, que acaba de anclar en la rada el vapor que conduce á los voluntarios catalanes, cuyas fuerzas pone desde luego á su disposicion. El

general Prim agradece como es natural la galantería que con él acaban de tener; su fisonomía se anima al anuncio de tan feliz nueva, su espíritu parece redoblarse, su brio crece y con la satisfaccion propia del que posee cuanto desea, del que recibe el instrumento necesario para el remate de una obra difícil, y esto cuando ya habia perdido toda esperanza, y en los últimos y precisos momentos, manda preparar su caballo, monta en el acto y seguido de dos ayudantes se dirige á la ribera de la ria entre el fuerte Martin y la Aduana, á donde por estar la mar bastante inquieta, habian de desembarcar; en esto la noticia se ha estendido por el campamento, y todo el mundo se pone en movimiento y encamina sus pasos al sitio donde se dirige el general; la curiosidad se ha despertado, lo mismo en la tropa que en los jefes, generales y empleados de las diversas clases y gerarquías que allí se encuentran, y se ha despertado con razon y fundamento; á la cualidad de voluntarios reunen la de ser catalanes, de ser paisanos del general Prim. ¿Qué cosa mas natural que las simpatías inmensas que tiene este en todo el ejército, se trasladen por completo allí donde está su deseo, su esperanza y su satisfaccion? El que tanto partido ha sabido sacar de soldados á quienes no conocia, ni le conocian á él, ¿qué no hará con la gente, cuyas costumbres conoce, cuyo lenguaje habla, y de quien tiene en su poder el movimiento, la voluntad y la fuerza? Por eso ansían todos ver de qué manera los recibe, cómo les dirige la palabra, qué se promete de su venida y el destino que les prepara; por eso acuden todos á saludarlos, á entusiasmarlos y á conocer su porte y la impresion que les causa desde que pongan el pié en el campo que se abre á su valor reconocido de antemano, y al patriotismo que allí los lleva voluntariamente. Yo me dirigí á la playa junto al fuerte Martin, no solo para ser de los primeros en verlos sino para sentir y conocer el efecto; estando como estaba alborotada la mar, venian repartidos en grandes lanchones, que á la distancia que yo me encontraba hacian la mas cabal ilusion de canastillos de flores, meciéndose

al compás de las olas encrespadas, y cuando la elevacion de estas venia á ocultarles y desaparecian de repente, se presentaban de nuevo en punto mas cercano, pero mas frescas y mas puras, cambiando su forma y sus colores, segun el sol hiere las lucientes armas, y la espuma de los alborotados oleajes. Nadie diria que allí vienen soldados; mas bien parece un jardin flotante y á quien los vientos y fuerza de las aguas empujan á la orilla; ya se acercan, ya se percibe la inquietud y movimiento de los que allí vienen, y hasta se siente el deseo que á todos les anima de saltar en tierra; entran en la ria, los canastillos de flores se han trocado en góndolas venecianas, el escabroso mar se cambia por el manso rio, y la vista que impaciente los buscaba, cuando se perdian al recio impulso de las olas, se fija en ellos y los sigue y los alcanza; ya no es el ruido de los elementos embravecidos quien los acompaña, son las entusiastas aclamaciones de miles de valientes que les aguardan con los brazos abiertos, y que locos de alegria y movidos por los himnos guerreros, que las músicas entonan, corren tras las orgullosas naves que surcan la ria, veloces y serenas hasta depositar en tierra el don precioso que envia á su patria Cataluña. El general en jefe y el conde de Reus los aguardan; la multitud ansiosa los contempla: ya están desembarcando; su bizarro porte, su gallardo continente, la novedad y hermosura de su traje embarga á cuantos les miran. Visten chaqueta y pantalon de pana azul, desabrochada la primera, con vivos encarnados y boton dorado liso; largo el segundo, y sujeto por bajo de la rodilla con polaina de cuero rojo; chaleco rayado de encarnado y negro, faja morada, á estilo del pais, gorro de lana, de los llamados marineros, encarnado la tropa y morado los cornetas, pañuelo tirado al cuello y preso con sortija de plata; cubierto el pié con media y alpargata, morral á la espalda, un tanto embarazoso por falta de sujecion, canana á la cintura, y al brazo la carabina; distinguianse los oficiales por un túnico de paño gris, pantalon de paño, sujeto por bajo de la rodilla hasta donde alcanza, bota ceñida de gamuza

anteada, zapato ruso, gorro de paño de igual color y hechura que el de los soldados y jaique con capuchon gris, recogido y colgado en forma de banda: constaba el batallon de cuatro compañías, dando un total de 462 plazas, sin contar los oficiales, ni dos hermosas cantineras, arrojadas en aquellos poderosos campos de Adanes como dos manzanas del árbol prohibido; la marcialidad que les distingue se equipara perfectamente con el traje; sus ojos se fijan primero en los generales y gente de á caballo que les acompañan, despues en sus compañeros, mas tarde en todo cuanto les rodea: á los primeros los miran con respeto, con asombro á los segundos, con alegría á todos; el sentimiento que parece dominarles es el de la emulacion, y si bien se muestran orgullosos por su apostura y gentileza, se advierte en ellos como que se avergüenzan de verse tan limpios y tan pulcros, y tan nuevos, al lado de los que ya son sus compañeros, y se encuentran tan barbados, tan negros y tan viejos. ¡Qué tontería! ¡lo que tardarán en parecerse! Acaso no dirán mañana de sí propios, «lo que va de ayer á hoy?» Ciertamente que el contraste entre miembros de una familia es horrible; asombra ver en aquellos arenales que ha nacido de repente un campo de amapolas que los decora, como asombraría el ver entre los baratillos del Rastro establecerse la tienda del Saboyano.

La primera impresion no ha podido ser mas favorable, ni la acogida mas tierna y cariñosa; el general en jefe los ha visto ya formados, y despues de haberlos recibido se retira á su tienda; pero se queda allí el conde de Reus y cercan su caballo cuantos ansian que llegue el instante en que les dirija la palabra; ha llegado ya, les habla en catalan; á su acento claro se apaga por completo el de todos los que allí están; su entonacion elevada hiere todas las fibras, á su frase vigorosa y entusiasta se conmueven los corazones, arranca lágrimas si toca al sentimiento y arrebatada con sus rasgos de patriotismo y nacionalidad. Cuando despues de felicitarles por su venida al ejército de Africa que les acoge como camaradas, les dice:

«Si el día del combate, que será mañana,» los que le escuchan y le contemplan cambian instantáneamente su mirada hácia los catalanes, y los labios comprimidos abren paso al sentimiento y se percibe el rumor vago que producen á la vez la admiracion y el entusiasmo; en aquella frase inmensa ¡que será mañana! se encierra el destino, la muerte, la gloria; es el adios dado á la patria. «Si el día del combate, que será mañana, continúa, y yo os felicito por la providencial oportunidad con que habeis llegado, si uno de vosotros se portase con cobardía volviendo la cara al enemigo, la honra de Cataluña quedaría mancillada;» y les trae á la memoria los heroicos hechos de sus hermanos y les deja entrever el laurel de la victoria, y les pinta con admirable colorido la satisfaccion con que los acójen sus camaradas, y pone de relieve las condiciones altísimas del caudillo que levanta á España de la postracion en que yacia; y entre los aplausos y vítores de la muchedumbre que se abalanza para estrecharle entre sus brazos, tendiendo los suyos al aire, de pié sobre los estribos, pareciendo general y caballo un sólo cuerpo que se mueve en todas direcciones, les grita entusiasmado: «Y si fuera preciso ir á Tetuan por el río, ¡al agua, y hasta Tetuan nadando!» Y á tan mágicas palabras, el dicho parece convertirse en hecho, y que aquellos soldados y cuantos les miran se arrojarían al fuego y al agua, impelidos por la irresistible voz del general y hasta contra todos los elementos que se pudieran reunir. Al entusiasmo sucede la ternura, á los fuertes arranques del corazón los dulces y acompasados acentos del alma; el recuerdo á sus hogares, á la madre, al hermano, á los objetos y prendas mas queridas, y como si esto no fuera bastante todavía, al lado de la gloria les presenta la mancilla; en contraposicion al premio merecido, el baldon, la ignominia, la muerte. «Si por desdicha defraudarais las esperanzas de Cataluña que son las mías, les grita lleno de santa indignacion, ni uno solo de vosotros volveria á pisar el suelo patrio, aquí moririais todos antes que mancillar en lo mas mínimo el nombre que llevais.»

Les habla por último al noble orgullo, al aprecio de sus conciudadanos, y rematando de la manera mas bella su improvisacion, esclama: «que cuando volvais á vuestra tierra oigais decir por do quier y de cada uno de vosotros: ¡hé ahí un valiente!» El conde de Reus victoreó á la Reina como siempre, cuantos allí estábamos le victoreamos á él, y generales y oficiales de todas clases y armas, y paisanos y cuantos pudimos acercarnos á él le estrechábamos las manos, mezclando entre el entusiasmo y la alegría lágrimas abundantes, que sin apercibirlo brotaban de los ojos. Yo he conocido y he oido á oradores muy notables, tanto en nuestro pais como en el extranjero, yo no he visto en ninguno reunido tanto vigor, tanta pasion, facilidad tan grande, ni frases tan sentidas, ni pensamientos tan tiernos y elevados, y esto sin preparacion, de improviso, y en un dialecto que, entendiéndole muy pocos de los que allí estábamos, lo comprendian todos, sin perder una sola frase, sin desfigurar un solo pensamiento; y consistia en que hay un lenguaje universal que tienen pocos el privilegio de espresar, pero que hasta los sordos y los ciegos no pueden menos de sentir y comprender; que hay un lenguaje en que la palabra es lo menos, y lo mas el corazon, el sentimiento, la fisonomía, la entonacion y las maneras, ¡dichoso el que posee tan raro privilegio! y bien puede asegurarse que el general Prim lo posee como el que mas.

Terminada la arenga y dado aquel acto por concluido, se ponen los catalanes en marcha dirigiéndose, con el general Prim á la cabeza, á la tienda del general en jefe por donde van á desfilar, haciéndole los honores que á su rango corresponden. La multitud les precede, llevando el paso al compás de la banda de música y volviendo la cara atrás, como quien teme que se vayan por otro camino; oyéndose aclamaciones por todo el tránsito como si vinieran de dar una gran batalla. El conde de Reus detiene su caballo delante de la tienda, donde se encuentra ya el general en jefe rodeado de su estado mayor, la música se coloca al lado y se hace el desfile con-

forme á ordenanza; es verdad que al verificarlo no han guardado la mayor precision en los movimientos, ni obedecido como hubiera sido de desear las voces de mando, que da el bravo comandante que les manda D. Victoriano Sugrañes y demás oficiales de las compañías; por lo visto, aquellos bizarrros mas que en la táctica se han fijado en la bayoneta, y algo de esto debia de ser, cuando habiéndole dicho el general en jefe al conde de Reus, con su natural sonrisa, «que le parecia que estaban algo faltos de instruccion,» le contestó sin detenerse y con sonrisa tambien: «mañana la completarán, mi general;» frase tan oportuna como elocuente, que al momento fué de todos conocida y que se hizo popular en el campamento.

Verificado el desfile, el general les hizo campar inmediato á su tienda, donde hicieron pabellones, se despojaron del morral y de la formalidad que imponen las filas, entregándose con la mayor espansion y alborozo á las faenas tan naturales en los que llegan á un punto, donde todo lo tienen que hacer y lo tienen todo que buscar; sin embargo, otros podian quejarse en esta parte con mas fundamento que los catalanes; han caído allí, como suele decirse, de pié, y sus camaradas se portan con ellos como el dueño de una casa con el huesped á quien quiere distinguir y obsequiar; se han hecho de moda, y la moda se impone y es la soberana donde quiera que establezca sus reales; aquella tarde y aquella noche no se oye hablar en el campamento mas que catalan, todos los soldados quieren ser catalanes y amigos de los catalanes, y servirles de guia, y hablarles de lo que ha pasado y de lo que les pasará, y de su general sobre todo, cuyo valor admiran, cuyo porte les enamora y cuya voz les arrastra en el combate, y los multiplica y mueren con gusto á su lado; á su lado, entiéndase bien, delante no, y esto se les oye frecuentemente á los soldados: — «delante del general Prim, no va nadie.»

De lo primero que les manda habilitar es de cartuchos, lo cual pone el sello á la frase «el dia del combate que será ma-

ñana,» y que algunos pudieran tomar en sentido figurado; de seguro que con mas gusto reciben las municiones de guerra que las de boca; sin embargo, hay unas galletitas pequeñas y redondas que pueden hacer á pluma y á pelo y que de seguro entrarían con mas provecho por la boca del cañon que por la del soldado: ya han satisfecho el primer deber, ¡ya tienen con que batir al enemigo! Por las vísperas se conocen las fiestas; ya han alimentado la parte exterior del cuerpo ó sea la canana; ahora es menester que se ocupen del interior, por aquello de que tripas llevan piés, aunque esto no debiera rezar con gentes á quienes sobran tripas y corren y saltan como gamos; pero hay que hacer por la vida, ¡hacer por la vida la víspera de ir en busca de la muerte! y unos por agua, otros por leña y por raciones otros, salen en diferentes direcciones y sus compañeros les enseñan el camino que recorren alegres y bulliciosos y hasta cargan con el peso por admirarlos y verlos descansados; el soldado en el campamento es el *cicerone* mas espontáneo y mas seguro que se puede desear; luego que tienen todos los útiles reunidos se arreglan sus ranchos, se los comen con buen apetito, en amor y compañía de la bota, y cada cual dice para sí: ¡á vivir, que la muerte ella vendrá! ¡Y tanto como vendrá! digo para mí.

Tambien nosotros vamos á comer; las músicas esperan ya á que nos sentemos á la mesa, la corneta deja sentir su imperiosa voz, y al minuto se encuentra el arroz servido, y no así como quiera, sino el rico y esquisito arroz; esta noche la tienda-comedor, es el centro donde acuden todos á felicitar al general, y dicho se está, que durante la comida trabaja mas la lengua que los dientes; el general se encuentra muy satisfecho de los brazos que le acaban de llegar; tiene razon para estarlo, no serán muy diestros, pero en cambio son robustos como los que mas; toda la conversacion es para ellos, y el uniforme, y la apostura, y su alegría, y sus propósitos, y sus dichos, y lo que hacen hoy, y lo que harán mañana, es de lo que se trata y de lo que se ocupa cada cual; en una palabra,

así como en el campamento no se oye hablar mas que en catalan, en la mesa del general Prim no se habla esa noche mas que de Cataluña. Solo de esta manera, y ébrios con las relaciones que allí se hacen, nadie piensa en la probabilidad para algunos de que sea la vez postrera que comamos juntos; el general ha recibido salchichones de Vich con la llegada de los voluntarios, el cual prueban todos los presentes, y ricos cigarros de la Habana que reparte con profusion; la comida ha sido algo de prisa, nada tiene de particular, vamos á levantar la casa, pero en cambio la conversacion va despacio, la tienda está de bote en bote, y el humo de los cigarros condensado, no nos permite vernos los unos á los otros; y aunque esto podria pasar, es lo peor que no nos deja ni aun hablar, y este mal há menester de correccion; al campo inmediatamente, á la hoguera, y allí, con el puro en la boca, las manos á la lumbre, firmes de piés, no muy seguras las cabezas, con la lengua en movimiento y fija la vista en los cuadros que nos ofrecen los catalanes y sus camaradas, entretenemos el tiempo hasta que llega la hora de acostarse. El general, que está siempre, como se dice vulgarmente, al plato y á las tajadas, sin dejar de tomar parte en la conversacion, ordena y previene todo lo conveniente para que al toque de diana esté todo dispuesto y nada quede por hacer; siempre el primero á conquistar el campo, nunca quiere ser el último cuando lo tiene que levantar.

A dormir, que mañana hay que madrugar, ya me está aguardando mi saco ó vestidura de romano para tumbarme, digo mal, para tullirme y hacer de mi cuerpo una lámina plegada y recogida por do quier. ¡Tumbarme dije! como si la tumba no supusiera descanso, que es lo que en semejante lecho no se podrá encontrar jamás; ya me he anticipado para que Juanillo traiga los caballos inglés y andaluz y los coloque junto á lo que á mí me sirve de cabecera y á las bestias de morral. ¡De qué manera tan lastimosa se confunden los oficios en el campamento! Las cornetas han tocado ya á si-

lencio, y sin embargo, se siente una bulla y un resplandor, y cierta novedad, que me hacen sospechar que *Morfeo* pasa la noche jaleándose, y así como la anterior éramos nosotros los que recibíamos recados imponiéndonos silencio, esta noche soy yo el que manda al asistente á que nos informe de lo que ocurre: ¿qué ha de ocurrir, que no ha habido tiendas para los catalanes, lo cual supone varios cuidados de menos, ni las tienen que levantar, ni las tienen que abatir, ni las tienen que llevar; está por consiguiente para ellos demás el conocido adagio *el que tenga tienda que atienda*, y bien mirado, ¿para qué las necesitan? La noche que precede á la batalla, los soldados la pasan de verbena, ninguno se acuesta sin dejar arreglado lo que tenga que arreglar; mi cuerpo cansado y desvalido, parece haberse familiarizado con el saco, como quien agradece la miseria, piensa donde le tocará caer mañana, y halagándose con la idea de que mas vale lo malo conocido que lo bueno por conocer, se entrega al reposo y triunfa durante algunas horas de los enemigos que le acosan por do quier, ¡maldito saco, y del cual no se saca otra cosa que rascar!... Ya estoy despierto otra vez, y aunque se siente grande animacion en el campamento, debe ser todavía muy temprano. ¿qué será de las pobres cantineras? ¿dormirán ó estarán despiertas? ¿qué han de dormir las infelices si la noche con su negro manto ha convertido en moros los cristianos, y los alrededores de su mansion en costas por las que andan continuamente! ¡Guardaos hijas de Eva de haceros de miel y huid de esos zánganos, que á quien anda entre la miel algo se le pega!

XII.

MADRUGADA DEL 4.

Son las cinco de la mañana, hora en que doy el último adiós, á fuer de agradecido, al humilde lecho donde me he *recogido* en toda la estension del mas perfecto encogimiento durante las dos noches que he pasado en la campaña, ya me encuentro en pié y al aire libre y en público; esto último es el estado natural, en el campamento no hay vida privada, el cuadro que á mi vista se presenta es animadísimo y de una imponente novedad; todo el mundo aparece en juego y en accion, hay que contar con que despues del toque de diana todo debe estar corriente y dispuestos todos para partir; el campamento se encuentra sembrado de hogueras, cuyo fuego se alimenta por infinitas cajas de madera, por multitud de barriles y serones, por la paja que no sirve á otro uso y por las haces de leña, que durante la estancia han podido almacenar; allí se consume todo lo inútil y embarazoso, y devoran las llamas lo que en otros tiempos y otros lugares se pudiera muy bien aprovechar; el campo se ve clara y distintamente por donde quiera que se mira, y al resplandor de aquel volcan se distinguen todos los trabajos, todas las acciones y hasta los movimientos mas insignificantes; mientras unos ligan los enseres y otros ensillan mulas y caballos y los dan sus pienso proporcionados á la fatiga que les aguarda, otros hacen el café y van disponiendo el rancho; aquí se arreglan las mochilas, allí se limpian los fusiles, de una parte se ven cargar los carros de víveres, de otra el servicio para hospital de sangre, y se contemplan montones de mantas, y maletas que se hacen, y camillas que se reúnen, y municiones que se acopian, y cuantos útiles pueden imaginarse para la vida, para el mo-

vimiento acelerado de la guerra y para hacer mas llevaderos los desastres á ella consiguientes; todo está allí, todo se ve, y al simple anuncio de la corneta, aquel al parecer confuso laberinto, se convertirá en un inmenso convoy perfectamente dispuesto y ordenado. Ya asoma el dia, triste y encapotado, envidioso el cielo del ruido de la tierra y del resplandor de las fogatas, muestra de vez en cuando relámpagos deslumbradores, seguidos inmediatamente del estruendo de los truenos. Los toques de diana vienen á prestar nueva vida á tan interesante cuadro, los soldados que ya han tomado café comen sus ranchos; se abaten las tiendas, cárganse las acémilas, al desconcierto sucede de improviso el orden, todo está en su sitio conveniente, cada cual en el lugar que se le ha señalado de antemano; el general Prim lo recorre todo, lo ve todo, lo perfecciona todo, y cuando ya está seguro de que nada falta, dispone que tomemos el café.

Vamos á tomar el café, todos están listos para montar á caballo, todos contentos y satisfechos; aquella tienda presenta un conjunto perfecto y admirable, no hay allí mas planta exótica que yo; yo que soy la sombra que lo empaña, yo siempre atrevido, siempre de buen humor, suelto y desembarazado siempre, me he vuelto mudo y cobarde y aturdido y sin saber lo que me pasa ¿qué me ha de pasar? Que los voy á ver partir dentro de un instante, que acaso no los volveré á ver mas, y que ante esta idea se me parten alma y corazon; ha llegado para mi el momento supremo de la despedida, y sacando fuerzas de flaqueza, y afectando una serenidad, que estoy muy lejos de conservar, con frase cortada y entonacion débil aunque sentida cruzando mis brazos con los suyos: «mi general, le digo ¡que Dios siga haciendo invulnerable el escudo de la fortuna, con que usted cubre su arrojo en el combate, y que permita abrazarnos otra vez despues de la victoria!»—«Eso téngalo usted por seguro», me contesta, pero con un aire de confianza y de certeza, capaz de tranquilizar el ánimo mas inquieto, y de confortar el espíritu mas abatido; no parece sino que va á

presenciar la batalla como yo, desde sitio á donde las balas difícilmente podrán alcanzar; pero no será así, yo lo sé, se lo he oído á todos, yo no lo he visto, pero lo voy á ver; será el primero á dar el ejemplo, y donde el fuego y el peligro arrecien, á través de una lluvia de balas, abrirá paso á sus soldados y les franqueará el camino de la gloria.

Son las siete de la mañana; el temporal arrecia, la escuadra ha tenido que ponerse en movimiento, abandonando la rada; á medida que el ejército levanta el campo, el *levante* crece y la marina levanta también el suyo, por trocarse de *campo líquido y sereno*, que le llamaba *Quintana*, en escabroso mar lleno de escollos y peligros: la providencia no quiere que las fuerzas marítimas autoricen con su presencia el triunfo de las fuerzas de tierra; lejos de entrar el día, parece asomar la noche, y como que el humo de las hogueras se ha refugiado á las montañas, de donde se le ve arrancar ocultándolas con su tupido velo; densos nubarrones descenden al Atlántico con quien se ponen en contacto, recogiendo el agua que amenaza caer sobre nuestros soldados, y mar y cielos y tierra se confunden y alejan y retardan el momento del combate. Yo no veo al general en jefe en aquellos momentos, pero siento y me esplico que haya por su parte un tanto de indecision. Dueño esclusivo del plan de batalla, reunidos ya todos los medios de que puede disponer, cuando llega el momento de ponerlos en acción, la naturaleza viene á contrariar sus planes y la fuerza irresistible de los elementos, se le opone y le imposibilita el poderlos realizar: la responsabilidad que pesa sobre sus hombros es inmensa; las consecuencias de un descalabro serían terribles, y es preciso no olvidar que la batalla de este día va á decidir de una vez para siempre la suerte de nuestras armas en el imperio Marroquí; no es solo la vida del soldado la que va á ponerse en tela de juicio, es su fuerza, su moral, su gloria; no es sola la honra de la patria mancillada la que ha de salir pura y esplendente del combate, es el nombre del pueblo español el que ha de ostentarse potente y magestuoso, ante

la Europa, que nos mira y nos contempla. ¿Quién extrañará, pues, que haya indecision por parte del general en jefe en marchar desde luego al enemigo, que posesionado de un sitio fortificado é inaccesible, con todas las ventajas de estar dentro de su propia casa, se ve repentinamente favorecido por la contrariedad de los elementos? ¿Por cuántas y aun mas terribles amarguras, recordaba yo entonces, habrá pasado en la campaña de Africa el general en jefe? ¡Qué cierto es, que no hasta el valor y el coraje para la guerra! de bien poco servirian estas dotes y hasta serian perniciosas, sino estuvieran moderadas por la constancia, la paciencia y la sangre fria.

El movimiento se suspendió, hasta que á cosa de las ocho y media, las nubes comienzan á romperse y alejarse, el sol muestra sus débiles rayos, la llovizna cesa, el tiempo aclara, el pequeño Atlas descubre su blanca y nevada cabellera, y los que hasta entonces habian sido pronósticos desfavorables para poner nuestras fuerzas en accion, se anuncian prósperos y felices con los esplendentes colores del arco iris, que, rasgando las nubes, es mensagero de prosperidad y bienandanza; los ojos agradecidos se fijan en el cielo, la alegría se retrata en los semblantes y todos aguardan ya la órden de marchar. El general Prim manda á su jefe de estado mayor, el bizarro y entendido coronel Torres Jurado, hoy ya brigadier, que coloque á los voluntarios despues de los cazadores de Alba de Tormes, que forma el primero en el segundo cuerpo, y que dé las órdenes oportunas para que las tropas pasen el rio Alcántara por los puentes de madera, que el general en jefe ha mandado echar por la noche. El conde de Reus recibe la órden de ponerse en movimiento, monta en el acto á caballo, y seguido de sus ayudantes y estado mayor, emprende como todo el ejército la marcha en busca del enemigo, que ya les espera, por que ya le han avisado todos los preparativos que ha tenido ocasion de observar.

Yo dirijo mis pasos á la Aduana, en cuya altura se encuentra una azotea, que todo lo domina, y que es el sitio que

me ha marcado el general, donde sin riesgo ni peligro, y hasta sin necesidad de anteojó, se ven todos los campamentos, y las fuerzas de una y otra parte que en ellos van á operar; detrás de mí vienen las acémilas del segundo cuerpo de ejército cargadas con las tiendas y equipajes, y con ellas los asistentes de todos los jefes y oficiales. La Aduana y sus alrededores presentan un aspecto admirable. Situada en un punto bastante elevado y al lado de la ría, ha sido destinada por el general en jefe como el centro donde se ha de reunir cuanto el ejército pueda necesitar; fortificada de una manera respetable, por disposición también del general en jefe, en comunicación con el mar por medio de lanchas y vapores de poco calado, que llegan sin dificultad hasta su pié, es el gran depósito de subsistencias y de municiones de guerra, donde nuestras tropas pueden alimentarse por muchos días, sin temor de que los temporales las incomuniquen con la escuadra; allí también se han dispuesto grandes hospitales, con toda la dotación que han menester, reuniendo el sitio, á la ventaja de estar inmediato al campo donde la batalla se va á dar, la circunstancia de poder trasladar cómoda, pronta y seguramente á los heridos, ya al inmenso vapor situado en la rada, y que sirve de hospital, ya á las embarcaciones que los han de conducir á nuestros puertos. Confieso que tanta prevision, tanto orden, tanta actividad como allí advertí, me consolaban de las desgracias que naturalmente habían de ocurrir de un momento á otro, y de cuyo remedio debió ocuparse no menos que del plan de la batalla el mismo general en jefe.

Ya se habían reunido en aquel vasto campo todas las acémilas, y se habían descargado tiendas y equipajes, y se guardaban por las fuerzas que defendían aquel sitio, y se advertía el movimiento por do quier, y se trasladaban de la ría á la Aduana grandes cajones de víveres y efectos, y los vendedores circulaban pregonando las mercancías que habían traído embarcadas, como pescado, legumbres, pan ¡pan fresco! naranjas, queso, vino, higos y otra porción de comestibles, con-

que en aquellas apartadas regiones se consolaban vista y estómago á un tiempo. Allí se admiraba tambien, y con asombro, el magnífico y soberbio tren de batir, desembarcado hacia poco tiempo, y montado ya, convirtiéndose en un dilatado parque aquella pradera de la ría. Luego que pasé revista á aquellos para mí desconocidos lugares, entré en la Aduana; subí á la azotea, donde encontré ya algunos jefes de administración militar, varios corresponsales de periódicos nacionales y extranjeros, y al cónsul que fué de Tánger, Sr. Blanco del Valle, quien sin duda habia ido á presenciar las consecuencias de su obra.

XIII.

BATALLA DEL 4 DE FEBRERO.

Nuestro ejército iba ya marchando á ocupar las posiciones que el general en jefe habia previamente señalado; entre nueve y diez de la mañana habian atravesado el rio Alcántara, formando en la espaciosa llanura que tenia al frente. El segundo cuerpo, á las órdenes del conde de Reus, ocupaba la derecha; el tercer cuerpo, al mando del general Ros, la izquierda; y el general Rios, al frente del cuerpo de reserva, se apoyaba en el fuerte de la Estrella, amenazando el campamento alto, situado en la torre de Gelili, y que mandaba Muley-Abas: desde el punto en que yo estaba situado se veia marchar las tropas con tal orden, con tal firmeza y seguridad, que me parecia estar presenciando una parada; detrás de los respectivos cuerpos, noté que iban los carros cargados de municiones, y los hospitales de sangre con su dotacion correspondiente. Al poco rato de estar las tropas en marcha, vino á interrumpir el silencio sepulcral que reinaba en todas

partes, el fuego de nuestras lanchas cañoneras, situadas en la ría, un poco mas allá de la Aduana; despues de algunos disparos sobre la derecha del campo enemigo, este, que creyó nuestras líneas á tiro, rompió un vivísimo fuego de cañon desde la trinchera artillada; pero nuestras tropas sin hacer caso iban avanzando, avanzando, y con el silencio por respuesta; luego que el general en jefe debió creerlos á tiro, comunicó las órdenes para que avanzara la artillería de reserva, haciéndolo con tal presteza, que al poco tiempo rompía un vivo y certero fuego contra las baterías enemigas; los cañonazos de los moros eran talmente cañonazos por el ruido que hacian, pero de muy poco alcance, mientras los nuestros, sin gran estrépito ni estruendo, sin que apenas se sintieran, los sentia muy bien el enemigo, el cual, apelando á todos sus recursos, hizo jugar en seguida la batería situada en la torre de Gelili, que por su elevacion y distancia ni podia incomodarnos en nuestras posiciones, ni hacer otra cosa que gastar pólvora en salvas. En esto yo veía en continuo movimiento al general en jefe y á sus ayudantes de órdenes, y que las baterías avanzaban, haciendo fuego, y que los moros iban aflojando, mientras que nuestros artilleros multiplicaban los disparos. Ya en estos momentos el humo lo envolvía todo; yo no veía nada; y cuanto menos veía, sentia mas: solo el resplandor del fuego me servia de barómetro, y me permitia ver instantáneamente que avanzaban nuestras fuerzas, como se ven en la noche tempestuosa las nubes á la luz instantánea del relámpago; entonces me decidí á abandonar mi posicion elevada y ventajosa, y á cambiarla por otra, aunque en el llano y con algun peligro, mas inmediata al teatro donde jugaban su vida mis amigos, su gloria y su honra las armas españolas. Empecé la marcha hácia el sitio donde estaba situado el hospital de sangre, á donde conducian sobre una camilla á un infeliz soldado, herido de bala de cañon, y el cual iba exhalando el último suspiro. Animado yo á la vista de alguno que otro curioso que por allí habia, ya percibia los movi-

mientos de nuestros soldados, siempre avanzando en todas direcciones; ya veia á los moros que en fuerzas considerables de infantería y caballería descendian del campamento alto, como si trataran de precipitarse sobre el cuerpo de reserva, que mandaba el general Rios, proponiéndose sin duda distraer las fuerzas que atacaban su campamento bajo, y llamándolas infructuosamente á aquel otro terreno; desde allí veia perfectamente al general en jefe, cuya atencion se fijaba en todas partes, pareciéndome que se multiplicaba, ya haciendo avanzar todo el ejército, ya á los regimientos de artillería, ya mandándola proteger por las guerrillas, ya haciendo que la apoyaran constantemente los cuerpos del conde de Reus y de Almina, ya empleando la caballería, que protegía eficazmente el rápido movimiento de nuestros soldados, que rechazaban al enemigo que se presentaba sobre la extrema izquierda de nuestras posiciones. Y movimiento tras movimiento, y siempre avanzando, y estrechándose cada vez mas y mas las distancias, hacia jugar multitud de piezas de artillería, viéndose caer sobre el campo enemigo una lluvia de granadas, que, incendiando sus repuestos de pólvora y destruyendo cuanto encontraban en su caída, convertian en un infierno todo el terreno que ocupaba la morisma; entonces la plaza vino en su auxilio, haciendo algunos disparos, lo cual me hizo suponer, pues no me era posible verlo, que nuestros soldados se interponian entre dicha plaza y el campo marroquí, y que el general en jefe trataba de envolverlos.

Serian las dos cuando el conde de Lucena dió la orden simultánea de marchar resueltamente contra el enemigo; el segundo cuerpo lo hizo de frente para atacar la luneta que cerraba la extrema izquierda de la trinchera enemiga, mientras que el tercer cuerpo que marchaba sobre su extrema derecha, teniendo que describir una dilatada curva por un recodo que sale del rio Martin, se encontró necesariamente atrasado de la línea. A la cabeza del segundo cuerpo iba Alba de Tormes y seguian los voluntarios catalanes, el primer batallon de

la Princesa; el primero de Leon y los dos de Córdoba; á la cabeza del tercer cuerpo estaba el primero de la Albuera, Ciudad-Rodrigo, el segundo de la Albuera, el de Zamora y el primero de Asturias. La marcha de las columnas del segundo cuerpo, que eran las que yo podia distinguir, se operó con la mas perfecta regularidad, hasta que tuvieron que entrar en una laguna de terreno desigual lleno de hoyos y baches, en donde hombres y caballos se encontraban enfangados hasta los pechos, á la vez que la metralla y el fuego de espingarda de que hasta entonces no habian hecho uso los moros, diezmaban á nuestros valientes; al mismo tiempo, el general Prim les animaba con su palabra, les movia con su entusiasmo y les hacia avanzar con su ejemplo; los obstáculos eran insuperables, pero el conde de Reus habia recibido la orden de atacar, y su grito de ¡adelante, adelante! se estendia por todas partes; y adelante iba la tropa, cada cual por donde podia y como podia, cayendo unos y levantando otros, pero todos resueltos y animosos; de esta manera, y en medio de tantos peligros y dificultades llegó como á unos doscientos pasos de la luneta enemiga, ordenando que la tomaran Alba de Tormes y los voluntarios catalanes, y lo hicieron valientemente, sellando y enrojeciendo con su preciosa sangre aquellas inmundas charcas. Pero los cañones estaban mas á la izquierda, y como cabalmente ya el general Prim habia dicho á sus soldados que deseaba que fueran ellos quienes los tomaran, esperaba que no vacilarian en el momento de abalanzarse á ellos, porque si vacilaban él iria á tomarlos entrando por una tronera. Colocado entonces á la cabeza de los batallones Princesa, Leon y Córdoba continuó su marcha de flanco, siguiendo la trinchera, siempre entre la laguna y sufriendo el fuego de los moros, que estando aparapetados, lo hacian mas certero, despues de mil trabajos y de heroicos esfuerzos, lograron salir de aquel pantano y se encontraron enfrente de los cañones. La tropa venia sufriendo hacia largo rato un mortifero fuego de metralla y de espingarda, estaba fatigada en extremo y habia me-

nester en aquellos momentos supremos y de toda prueba, recibir una corriente eléctrica que llenara la medida de su grande entusiasmo. ¡Aquí del génio, aquí del poder mágico de la palabra, aquí del ejemplo, aquí del conde de Reus, aquí de su naturaleza privilegiada, para la que no hay obstáculos ni barreras allí donde está el deber, donde se encuentra la gloria! El conde de Reus, á quien ni las balas ni el humo ennegrecido del combate privan de la serenidad y sangre fria, ni enturbian su mirada fija y penetrante, como hubiese observado durante el cañoneo, que por una tronera entraban y salían los moros á hacer fuego, dió como cosa hecha, que por aquel mismo paso podria penetrar, y volviéndose de repente á sus soldados, con voz entusiasta de esas que inflaman hasta el mas tibio corazon, les grita: ¡A los cañones, á los cañones! y metiendo espuelas al caballo se lanza sobre la trinchera, llega al pié, encuentra en efecto un estrecho paso, y como una exhalacion, entra por la tronera, y se lanza denodado sobre la morisma, que la tenia ocupada y cargaba en aquel momento á los pocos soldados del regimiento de la Albuera, pertenecientes al tercer cuerpo que, con el bravo coronel Alaminos, habian penetrado por la estrema derecha que estaba sin cerrar. Y fue tan oportuna y tan providencial la entrada del conde de Reus, que sin ella, el coronel Alaminos hubiera dejado de existir, pues á muy pocos pasos le apuntaba un moro, á quien el general no le dió tiempo á descargar derribándole de una cuchillada; mientras tanto otro le disparaba á él á quemarropa, tiene la suerte de que no le dé, y cae muerto, atravesándole el general de una estocada. Ya desde este momento, los oficiales que le seguian, que eran los ayudantes Sanz y Escalante, y los de estado mayor Obregon y Navarro, pues los demás estaban á dar órdenes ó encharcados, con el sable en una mano y el revólver en la otra secundaron valientemente á su jefe; los soldados del conde empiezan á presentarse en las mismas troneras; el valiente Alaminos y los suyos embisten por su lado, y el enemigo, espantado de la osadía de unos pocos

caballos que entran por la tronera, cuando no tenían idea de que eso pudiera suceder, huyen por todas partes en espantosa derrota, y los cañones son del conde y con ellos dos estandartes y todo el campamento bajo, con tiendas, bagajes y camellos, inclusa la tienda del hermano del emperador. Semejante acto de osadía en los momentos críticos, no se acierta á explicar, y es preciso verlo para sentirlo y poderlo comprender. Así lo abrazaba loco de contento el general en jefe, de cuyo plan de batalla habia sido tan excelente instrumento; así al verlo los soldados, que victoreaban sin cesar al conde de Lucena que les habia guiado á tan gloriosa jornada, victoreaban al propio tiempo al conde de Reus, como quien da gusto al superior que es el primero en agasajarlo.

Pero la victoria no estaba solo allí; la victoria era completa: el general en jefe habia encomendado al general de division del segundo cuerpo, D. Enrique O'Donnell, la toma del campamento alto, y con una bizarría digna de lo muy árduo de la empresa, á través de grandísimas dificultades, teniendo que cruzar multitud de huertos cercados de árboles y espinos, asaltando posiciones elevadísimas, llevando sus tropas por terreno intransitable y desconocido, atacado furiosamente por la morisma, que le dominaba desde lo alto, logra ahuyentarla desalojándola de los puntos que ocupaba y casi al mismo tiempo que se posesionaban nuestros soldados del campamento bajo, sin mas que las fuerzas de su division, plantaba la bandera española en la torre de Gelili, antes de que el general Prim fuera en su ayuda, como iba despues de haber tomado el campamento artillado. Tambien el general D. Enrique O'Donnell se apoderó de los cañones con que la torre estaba artillada, y de una inmensidad de pólvora y de balas, coronando con el éxito mas feliz el plan concebido, preparado y mandado por su hermano. El enemigo huía despavorido en todas direcciones, y el ejército campaba en los mismos puntos donde se habian ufanoado durante algunos dias aquellas hordas de gente soez y mal vestida.

La victoria había sido inmensa, ya por sus resultados inmediatos, como por las consecuencias que naturalmente había de producir: el general en jefe debía estar completamente satisfecho, lo estaba en verdad. ¿Y cómo no, al verse mandando tan bizarros generales, tan bravos jefes y oficiales, soldados tan entusiastas, tan obedientes, tan sufridos? En el intervalo de aquel recio combate, durante la media hora en que la batalla se decidió por completo, mi corazón salía de su centro; cada descarga me hacía temer por la suerte de mis amigos; cada golpe de metralla presentaba ante mis ojos nuevas y queridas víctimas: veía con orgullo cómo avanzaban; con pena á los que sucumbían, con entusiasmo y duelo á la vez aquellas murallas de hombres, en que el mortífero cañón abría hondas brechas, y que el heroísmo las cubría en el instante con sus pechos. Y me acordaba de España, y hubiese querido su presencia allí para que viera lo que son sus hijos. ¡Mañana lo sabrá! ¿Qué no hará cuando lo sepa?

La batalla está ganada ya: nuestro ejército se encuentra á las puertas de Tetuan. ¿Qué importa que se cierren? ¿Por ventura no tiene las llaves en la mano? El triunfo es mas grande de lo que á primera vista parece: no es el terreno conquistado, es que nuestras tropas irán á donde quiera y como quiera el general que las manda; es que en Africa son invencibles ya. Es verdad que se ha derramado sangre preciosa, pero esa es la cima donde se encuentra la inmortalidad de la gloria. ¿Cuánta mas no se habría vertido sin la oportunidad, sin la decision, sin el arranque de aquellos héroes desde el instante en que el general en jefe pronunció la terrible frase: «¡á las trincheras!» Un momento de indecision, la menor duda, el vacilar siquiera, hubiera costado miles de víctimas, una retirada vergonzosa y la muerte de nuestra honra: pero esto no podia suceder con aquellos bravos: yo los ví al terminarse la jornada, yo los ví heridos, mutilados, en acémilas unos, en caballerías otros, por su pie los que se lo permitían las heridas, regar con su sangre el di-

patado espacio entre las trincheras enemigas y la Aduana, donde estaban los hospitales; yo los ví, y á alguno de ellos le presté mi brazo, ostentar orgullosos y satisfechos sus miembros destrozados y sus ropas cubiertas de fango ensangrentado como si fueran trofeos de la patria; yo los ví en los sitios destinados para su curacion, apagar los ayes de los moribundos, con vivas á la Reina y á los generales O'Donnell y Prim, y allí donde todos sufrían, donde se practicaban crueles y dolorosas operaciones, donde los sacramentos se suministraban sin cesar, donde al exhalar el último suspiro no se escuchaban mas recuerdos que el ¡ay madre mia! ¡Dios mio y señor! Allí, donde todo era amor filial y cristiana resignacion, donde se apartaba la mente de la vida deleznable para fijar los ojos en el cielo, corrían de los míos lágrimas abundantes, precedidas del sollozo que desahogaba mi oprimido corazon. ¡La muerte hubiera preferido cien veces á los desgarradores lamentos que despedazaban mi alma y aniquilaban mi espíritu por completo! No se borrará jamás de mi memoria la afanosa diligencia y el fraternal cariño y tierna solicitud con que un jóven y bizarro capitan de Córdoba, y cuyo nombre no recuerdo, que tenia tres heridas, cuidaba de todos los individuos de su compañía que habian sobrevivido á las crueles heridas que recibieran al asaltar la trinchera artillada; allí todo era ternura, todo sentimiento, consuelo todo: cuanto haga la patria, decía yo para mí, por estos desgraciados y sus familias, será poco. De los que mas habia, ó era que su traje los daba mas á conocer, eran de los voluntarios catalanes, y aunque á todos alcanzaban las simpatías por igual, é inspiraban el mismo dolor y sentimiento, todos traían á la memoria el día anterior, pareciéndoles imposible que la muerte y la desgracia estuvieran dando la mano á tanta vida, á tanto bizarro porte, á tan denodado valor: la cuarta parte de su fuerza quedó fuera de combate, y tendido en el campo el comandante Sugrañés, á quien las balas habian respetado en cien combates.

La circunstancia, bien triste por cierto, de haberse tenido que ausentar la escuadra, efecto del temporal, no se sintió hasta despues de terminada la batalla; los heridos no cabian en las salas que se habian preparado en la Aduana, á mas de un inmenso local de tablas que al lado de la ría tenia su destino para los coléricos; así es, que á mas de encontrarse hacinados los heridos, hubo momentos, aunque cortos, en que tuvieron que esperar vez: la administracion dispuso entonces con una actividad recomendable, que se levantarán algunas tiendas y en ellas tuvieron conveniente colocacion aquellos heridos que no eran de suma gravedad y que, habiendo podido permanecer en la rada el vapor destinado á hospital, hubieran sido, como de costumbre, trasladados á él, ó á otros vapores que tomaran inmediatamente el rumbo de nuestros puertos.

XIV.

DESPUES DE LA BATALLA.

He pasado el resto de la tarde, despues de presenciar la batalla, visitando á los heridos, entre los cuales hay varios oficiales amigos míos y por los últimos que han venido, he adquirido noticias ciertas de que el general Prim ha salido incólume despues de tantas, tan arriesgadas y singulares hazañas, habiendo sido heridos todos los oficiales á sus órdenes en la cara y en una pierna el bizarro teniente coronel D. Francisco Tert, á quien entre la multitud no he podido ver con sentimiento mío; son ya las seis, cuando veo que cargan los equipajes en las acémilas, y el oficial encargado de las del segundo cuerpo me dice que ha recibido la orden de que se trasladen inmediatamente al nuevo campamento ¿y dónde se encuentra campado el segundo cuerpo? Hé aquí lo que nadie

sabe, y lo que es necesario aprender, toda vez que en la milicia no hay mas remedio que cumplir. El jóven oficial toma mi consejo, acaso no será el mejor, pero tan interesado me encuentro yo como él; los dos vamos al cuerpo del general Prim, cuyas tiendas y equipajes nos acompañan, y como no conozco mas paso ni mas camino que el que se han abierto nuestras tropas al asaltar la trinchera artillada, este le aconsejo que siga, y este emprendemos casi en completa oscuridad y cuando comienza á lloviznar.

Si algo he encontrado yo desagradable, incluso el tenerse que batir, para nuestros soldados, ha sido el servicio de bagajeros conduciendo las acémilas; con decir que á cada instante se ve á las mulas tirar pares de coces y volver la carga al suelo y tener un hombre solo, si no hay alguna alma caritativa que le ayude, que volverla á cargar despues de impropio trabajo, está dicho todo; con añadir que ha sido tal la lástima que me ha dado ver á alguno en absoluta imposibilidad de asegurar la carga, que he tenido como decirse suele que hacerle el favor de echarle una mano, no hay que decir mas; yo como siempre hacia esta caminata á pié, y sin esfuerzo ni trabajo; mas de una vez el oficial encargado del servicio de acémilas me instó con la mayor finura y buena voluntad á que tomara su caballo, pero yo me habia propuesto recorrer aquellos lugares como si fuera un infante, y una y otra vez rehusé, agradeciendo la oferta que se me hiciera; siempre emplearíamos una hora larga en llegar al terreno pantanoso é inundo lodazal que estaba delante de la trinchera artillada, y donde mas que el barro ensangrentado que se agarraba á las piernas y las embarazaba por completo, se agarraba á las narices el olor fétido é inundo de aquellas charcas, que hacia aguantar el resuello para evitar la asfixia: allí se veian aun sembrados algunos cadáveres de nuestros soldados; mas si no habia habido tiempo de recoger sus cuerpos inertes, de seguro sus almas ya las habia recogido Dios; todos los que por allí pasan piden por ellos, y no les faltará en la mansion

de los justos un lugar á los que murieron por la patria y por la fe del Redentor. Envueltos en aquel pegajoso barro entramos por la trinchera por donde se metió á caballo el general Prim, y yo quedé sorprendido y admirado de que aquello se hubiera podido tomar por fuerzas humanas y entre el vivo y certero fuego de los cañones que lo guarnecian; el campamento estaba iluminado por hogueras y apenas se daba un paso sin encontrarse, no ya con cadáveres de moros, sino con sus miembros mutilados; la satisfaccion mas pura y la mas viva alegría se retrataba en los semblantes de nuestros soldados, que arreglaban y limpiaban, mudándolas de sitio, las tiendas cogidas á los moros, mientras otros preparaban y comian los mas adelantados el rancho que no habian probado desde la madrugada. ¡Yo no tenia en mi cuerpo mas que la taza de café y una galleta que tomé al amanecer! ¡Catorce horas sin comer! Tampoco lo habia echado de menos, la fiebre me habia sostenido, y los sentimientos mas encontrados me habian servido de alimento; mi primer deseo al verme en aquellos lugares, hubiera sido el de felicitar al general en jefe, cuya tienda se hallaba cerca, pero aun no habia sido posible ofrecerle mis respetos, y aunque el motivo y la ocasion podian servir de disculpa, preferí á fin de no pasar por entrometido el dilatar la satisfaccion de mi deseo; lo que mas me importaba en aquellos momentos era llegar á mi destino, y á este fin pregunté y supe en seguida que el general Prim se encontraba en el campamento alto, inmediato á la torre Gelili; aunque era de noche, la torre se divisaba al resplandor de las hogueras, que nos servian de faro; pero, ¿por dónde y cómo arribaremos á la altura? Hé aquí la dificultad; sin embargo, hay que probar, la ordenanza lo exige, y comenzamos á cruzar huertos que estaban ocupados por las tropas del tercer cuerpo, y á lo mejor no encontrábamos salida y volviamos atrás, y tomábamos una senda estrecha resguardada por matorrales, y tropezábamos con cadáveres á cada paso, y por segunda vez volviamos atrás, y nuestros ensayos por ir adelante eran in-

fructuosos, viéndonos condenados á no salir de aquel laberinto cegado en muchos puntos con montones de moros muertos, á quienes por lo visto estábamos predestinados á velar. El pobre oficial encargado de las acémilas se desesperaba por su apurada situación, que hacían mas crítica, el retraso de las que sin duda estaban encharcadas y habían vuelto la carga al subir la trinchera; en tal estado, le aconsejé que viera al general en jefe, y manifestándole lo imposible de ir al campamento de la torre de Gelili por sitios ignorados y del todo desconocidos, le autorizara para que campasen cerca de donde nos encontrábamos, que había un terreno franco y capaz, saliendo de madrugada para su destino; parecióle bien la idea, fué á ver al general en jefe, yo me quedé en el sitio donde estaba, para detener las acémilas que fueran llegando; al poco rato, vino ya con la orden que en el acto le había dado el general; se colocaron unos guardias civiles de á caballo para que guiaran á los acemileros desde la trinchera al sitio donde nos hallábamos, y ya alegres y contentos, que así es el hombre cuando alcanza el menor alivio entre los infortunios que le rodean, pensamos en el mejor modo de pasar aquella noche; el cielo, que se había mostrado benéfico por la mañana, despejándose por completo durante la batalla, parecía haber reservado el agua para la noche; si está de Dios que ha de caer, ¡venga el agua! y tanto como venia, aquello no era llover, era diluvio; afortunadamente teníamos allí las tiendas, hice que los asistentes las levantaran, y á su abrigo, comenzamos á tomar medidas para abrigar tambien los estómagos, que bien lo habían menester; llamé al asistente Juanillo, porque el asistente es en campaña para el amo nada menos que la providencia.—Veamos Juanillo, le dije, ¿qué tenemos que cenar?— Señorito, de todo, me contestó.—Mira no empiece yo á pedir y me suceda lo que en algunas fondas, que conforme pida me vaya diciendo..... de eso no hay.—Señorito, tengo una docena de huevos frescos, dos docenas de sardinas frescas tambien, y lo que mas le va á gustar á V. es que tambien tengo

pan fresco.—¡Pan fresco Juanillo!—Sí, señorito, con el napoleon que V. me dió lo he comprado todo en la Aduana á unos hombres que lo acababan de desembarcar.—Y de bebida, ¿cómo andamos?—De eso estamos mejor, porque tengo el vino de racion y toda la caballeriza de mi coronel, porque á mas del caballo inglés y del andaluz, vienen otros y tengo té, y azúcar, y naranjas, y pasas.—No sigas, Juanillo, no sigas, basta.... basta... en seguida vais á armar la hoguera y corriendo la sarten á la lumbre. Y al poco rato ardia una fogata alimentada por cañas y leña, un tanto rebelde al fuego por el agua que ya tenia encima; ¡ya somos felices! ¡vamos á cenar opíparamente! ¡y todo fresco! ¡viva España! y frotándome las manos, luego que habia cesado la lluvia, me arrimaba á las llamas al lado de mi compañero, y á la vez que me recreaba al descubrir coronadas todas las alturas por nuestras tropas, me retozaba el alma al compás del rechinamiento de la sarten. Ya la hoguera va entrando en luz, ya va teniendo ascuas; aquí de Robinson, hago un hoyo en medio de la tierra, especie de brasero artificial, y allí voy depositando toda la lumbre que sale de los leños; ya que la cena es apetitosa y escogida, es preciso que haya en la tienda eso que llaman *confortable*, y que el cuerpo esté abrigadito, pero ahora recuerdo que anda por nuestro campamento acemilero otro oficial, que quizá no tenga la proporcion que nosotros y se pase el pobre la noche sin cenar.—Mira, Juanillo, busca al caballero oficial que ha venido con vosotros, y dile que si quiere hacernos el favor de acompañarnos á cenar.—Y vean ustedes como Dios dispone las cosas, y como ayuda al desgraciado en los momentos mas críticos y desesperados, ¿por dónde me habia yo de imaginar la noche antes que la pasaria en estos lugares, dando nada menos que un banquete? porque esto es un banquete, esto es una verdadera *soirée*, ¡buen pescado! ¡ricos vinos! ¡esquisito té! ¡naranjas del moro! ¡caloríferos en el cenador! Ha llegado el momento de que las al parecer ilusiones se conviertan en realidad; Juanillo acompaña al oficial, y de seguro viene con la

idea de que vamos á comer un mal rancho, ¡buen chasco te vas á llevar! Aparte de la conducta que se impone naturalmente todo convidado, se presenta al Anfitrión, porque yo soy el Anfitrión, con la mayor finura y agradecimiento, diciendo, que á pesar de que ha tomado un bocadillo, ¡embustero, lo dice por cumplido! nos hará con mucho gusto compañía. — Pues á la mesa, caballeros, ó mejor dicho á la maleta, que es la que por esta noche hace oficios de tal. — Nos sentamos en nuestros taburetes, que justamente eran tres, y alumbrada la tienda á *giorno*, como ahora se dice, por medio de dos velas de esperma, á quienes sirven de candelero las bayonetas clavadas en la tierra, se cubre la mesa con la propia sartén, á cuyo calor se abrigan huevos y sardinas fritas, las manos toman el empleo de tenedor, la bota y las botellas de vasos, y saboreando aquella fritura deliciosa, recreando los dientes y el paladar con aquel pan sabroso y tierno, remojando las palabras con el rico peleon, que por ser pocas tocan á mucho, doy un momento de tregua á mi apetito devorador, recordando como pasarán la noche mis amigos. — ¡Ay caballeros, exclamé pensativo, qué cena tan exquisita! ¡de seguro que no la tendrá tan buena, ni con mucho, mi querido general!.... ¡cómo ha de ser!.... ¡peor fuera no tenerla!.... Vengan los postres, Juanillo, y aunque hayamos invertido el orden, trae el caballo andaluz para que echemos un trago de Jerez. — Y la sartén desapareció de la maleta, y en el acto se cubrió de naranjas y pasas, y tras de esto vino el té con su delicado aroma y el caballo inglés ó sea rom de Jamaica con un *bouquet* capaz de volver la vida á los moros muertos que teníamos alrededor; brindamos por el triunfo de nuestras armas, nos despedimos del convidado hasta la madrugada, y el oficial y yo ocupamos las camas del coronel y comandante mis compañeros, que las estarían esperando allá en la altura, sin pasárseles por las mentes que otros las iban á utilizar.

XV.

DIA 5. —SUBIDA AL CAMPAMENTO DE LA TORRE DE GELILI.

Es la primera noche que desde que estoy en Africa he podido descansar; como es la tercera que llevo, y á la tercera ya la vencida, el sueño me ha vencido por completo. ¡Loado sea Dios! El día se presenta claro, sereno y apacible, el sitio donde nos encontramos es ameno y pintoresco; mucho terreno acotado, abundancia de higueras por todas partes, de almendros ya en flor y de naranjos y limoneros descargados de fruto; los moros se han comido las naranjas segun lo anuncia el suelo sembrado de cáscaras por todas partes. Se ha mandado cargar las acémilas y levantar en seguida nuestro pequeño campo; yo he hecho disponer el té que tomamos en cuanto está en su punto con sus correspondientes galletitas, y en seguida nos ponemos en camino ¡en camino! ¡Cómo si allí hubiera camino! Ahora es cuando se ve lo que hubiera sido de nosotros, si pertinaces nos hubiéramos empeñado en trepar de noche á la altura donde se ostenta magestuosa la Torre de Gelili; por todas partes charcos de sangre y cadáveres de moros desarrapados y súcios que, lejos de inspirar lástima, solo causan asco y repugnancia: el general en jefe, seguido de sus ayudantes y de algunos extranjeros, que han sido testigos de la última victoria, pasa á nuestro lado y va revistando los campamentos y observando cuidadosamente cuanto á su paso encuentra: allí no se contempla mas que la naturaleza, la naturaleza virgen, que se desarrolla y crece vigorosa por do quier, sin que la mano del hombre haya hecho nada por su parte; las cepas son enredaderas que á su antojo brota la tierra y la cubren en forma de red: la yerba crece á su albedrío y se arraiga

hasta en la arena: la pita y los matorrales se elevan á grande altura y sirven de espesa muralla á aquellos huertos: los arbustos nacen en todas partes con orgullosa libertad, y aunque de corto en corto trecho se presentan pozos de claras y abundantes aguas, pero aquella agua está de mas; el pequeño Atlas que todo lo domina es la inmensa regadera, con que un día sí y otro no, se beneficia aquella área inmensa de suyo tan feraz. Yo he tomado la delantera aburrido de seguir á las acémilas que, segun los tumbos que pegan y lo que se enganchan los equipajes por aquellas estrecheces, han menester de muchas horas y de improbables trabajos para llegar á su destino; si yo he empleado una hora larga, libre y desembarazado, caminando de atajo en atajo ¿cuánto tiempo no habrán menester los que á cada paso tienen que volver paso atrás y andar y desandar el camino como el perro, sin poder dar nunca con el camino real?

XVI.

MI PERMANENCIA EN EL CAMPAMENTO DE LA TORRE GELILI.

Jadeando, jadeando, abrasado por el ardiente sol, y pegando con alguna frecuencia sendos tropezones, he llegado al sitio donde se encuentra mi general; me abraza risueño, y yo le estrecho con el alma y la vida, bendiciendo á la providencia que le ha sacado ileso y triunfante, coronando su frente con el inmarcesible laurel de la victoria; todos los que estaban á su lado llevan alguna señal de las balas en sus ropas; él que ha estado delante, que ha sido el primero, no lleva nada, ¡cómo no bendecir á Dios, si Dios vela por él! Me enseña su sable ensangrentado hasta la empuñadura, me cuenta todo lo que pasó en aquella media hora de terrible combate, de gi-

gantesca lucha, de lucha de titanes, y se admira de que yo lo sepa todo ya, de que me anticipe á contar lo mismo que él me cuenta por habérselo oído á los soldados heridos que se lo sabían de memoria. Despues de un largo rato de interesante á la par que amena conversacion, voy á ver á mis compañeros, á saber de todos y de cada uno de los que acompañaban al general, y me encuentro con que á casi todos les ha protegido la fortuna; allí están los bizarros coroneles y ayudantes Sanz y Gaminde, allí Detendre y Amable Escalante, allí mi querido Antonio Campos, que ha sacado la ropa y el caballo lleno de balazos, allí tambien el entendido, el valiente y caballeroso jefe de estado mayor Sr. Torres Jurado, y tantos otros cuyos servicios en esta guerra hacen interesante su vida para la patria.

A poco rato de haber yo llegado, el general en jefe, seguido de su acompañamiento, se presentó en la torre de Gelili, y el general Prim salió inmediatamente á su encuentro, dieron una vuelta por aquellas alturas en familiar conversacion, hasta que llegó el teniente auditor, D. Francisco Monteverde con la noticia y aviso al general en jefe de haberse presentado en el campamento y tienda del general Rios, varios moros y algun hebreo con bandera blanca, solicitando parlamento; el general en jefe, en el momento de recibir la noticia, montó á caballo y se fué inmediatamente al punto donde le llamaban la obligacion y el deber; yo me puse á almorzar con el general Prim, nada menos que salmon en lata y un buen trozo de gallina, soberbios fiambres que calenté con unos cuantos tragos del tinto, y acompañé con pan fresco que habia sido hecho prisionero al moro en la tarde anterior, pan morenito, pero que se dejaba comer por lo gustoso; se me olvidaba decir que no lo metí en la boca sin echarle antes la bendicion.

No hace un instante que se ha ausentado el general en jefe y ya corren noticias de las pretensiones de los parlamentarios y de la contestacion que no ha habido ni siquiera tiempo de que les puedan dar; se me antoja que estoy en el Casino

de Madrid, donde es muy posible que en aquel momento corra ya una noticia parecida, con todos sus pelos y señales y hasta los mas pequeños incidentes. ¡Es mucho mundo, este mundo en que uno vive! El general Prim discurre perfectamente sobre el particular; «Si los parlamentarios entregan la ciudad sin condiciones, iremos hoy allá, y si imponen condiciones iremos mañana. ¡Sobre qué de todas maneras hemos de ir! la cuestion no es mas que de economía de pólvora y de balas. — Y así era la verdad; no habria trascurrido media hora, cuando el conde de Reus recibia la orden de trasladar su ejército y campar en las alturas que dominan á Tetuan; esta pronta y significativa disposicion del general en jefe revelaba lo que despues supimos, que, habiéndose presentado los parlamentarios sin carácter ni formalidad de ninguna especie, les habia repetido la comunicacion que dirigiera al gobernador de la plaza, guiado por un sentimiento de humanidad: «Que si bien estaba dispuesto á cumplir sus sentimientos humanitarios, si se sometian pasadas las 24 horas del plazo marcado, de no hacerlo así, no daria oidos á ninguna proposicion y tomaria la plaza á viva fuerza, en cuyo caso no respondia de lo que pudiera suceder.» Contestacion digna y enérgica, propia del que sabe hermanar la victoria con lo que exigen la civilizacion y la humanidad.

Preparábamonos ya á partir, cuando montado en un brioso caballo se presentó en el cuartel general el bizarro coronel de la Albuera, Sr. Alaminos, quien apeándose en el instante, se presentó á dar las gracias al conde de Reus, por haberle librado de una muerte segura al entrar á caballo por una de las troneras de la trinchera artillada en la tarde anterior. Yo abracé y di la mas cordial enhorabuena á mi querido amigo, y oía de sus lábios con asombro, que en el acto de echarse un moro la espingarda á la cara, se apareció el general Prim como un ángel salvador que salia del centro de la tierra y le devolvía la vida que estaba á punto de perder por el enemigo, que tan de cerca le apuntaba; el general Prim hizo justicia á la bravura del jóven coronel, manifestándole

para su satisfaccion y como premio inmediato á su heroico comportamiento, que en el parte que daba al general en jefe, hacia mencion de semejante hecho, y del denuedo con que le habia visto rechazar al enemigo.

La alegría que me produjo esta entrevista vino á turbarla un accidente desagradable para todos los que nos encontramos allí; el comandante á las órdenes del general, D. Antonio Campos, habia montado ya á caballo, cuando el del coronel Alaminos, que le tenia á la espalda y de la brida un asistente, le arrimó dos pares de coces en las piernas, que hubo de destrozárselas; inmediatamente se le desmontó, vinieron los médicos y le propinaron los medicamentos necesarios para contener la inflamacion que era inevitable, causando esta desgracia, tan lamentable como inesperada, un disgusto natural entre todos sus amigos.

El segundo cuerpo se puso en movimiento, y yo, en compañía del auditor Sr. Monteverde, eché por el atajo atravesando las huertas, hasta llegar al campamento bajo.

XVII.

VISITA AL GENERAL ROS.

Como general en jefe del tercer cuerpo, el general Ros se habia alojado en una casa que llamaban del Cónsul inglés, y que estaba situada en el centro del lugar donde campaban sus tropas; entramos en ella, que por señas estaba lo que se llama en esqueleto; allí no habia mas que paredes, el amigo Monteverde entró en la habitacion donde se encontraba el general, y no bien le hubo anunciado mi visita cuando me mandó pasar adelante; estaba en la cama, y en otra, á su lado, el bravo brigadier Cervino, que habia recibido una contusion en la jor-

nada del día anterior. Felicité al general por la parte que había tenido en tan glorioso triunfo; se alegró mucho de que yo hubiera presenciado la acción, y me dijo que se había acordado de mí y que se había lamentado con el brigadier por si no la habría visto. A pesar de encontrarle un tanto decaído por su falta de salud, advertí lo contento y satisfecho que estaba de sus soldados y de la gloriosa parte que le había cabido en tan memorable día, que recordaba para España, por su importancia y trascendencia, la batalla de las Navas de Tolosa; como era natural, la conversacion giró sobre todo cuanto yo había visto en el campamento, haciéndome el general curiosas y notables relaciones de lo que allí había ocurrido desde que se empezó la guerra, con ese clarísimo talento y vasta erudición que tanto le adornan, y que unidas á la pericia y al valor dejan ver desde luego al general y al literato; yo le escuché como se escucha siempre al general Ros, con la boca abierta, y á su lado hubiera permanecido toda la tarde, si por su estado no le hubiera podido incomodar; despedíme de él y del brigadier Cervino altamente complacido por sus finos ofrecimientos de mesa y casa, y salí de allí á pasar la tarde visitando á varios jefes y oficiales amigos míos, á quienes tenía deseos de ver y de abrazar; pero en esto vino la lluvia y tuve que guarecerme en la tienda, donde se encontraba con varios compañeros el oficial D. Ventura de la Vega, á quien no había visto desde que desembarqué, y del cual escuché con gusto lo entusiasmado que estaba con aquella vida y el sentimiento que había tenido porque su division, que era la del general Rios, no hubiera tomado parte en la batalla del 4, que presencié desde el fuerte de la Estrella, manteniendo en jaque al ejército de Muley-Abbas que amenazaba descender de las alturas; allí pasé la tarde, entreteniéndola con la conversacion y de vez en cuando con la bota, hasta que me puse en camino para mi nuevo campamento.

XVIII.

NOCHE FATAL.

¡Qué vida tan variada y tan amena es la de la guerra, sobre todo para un aficionado como yo! ¿y dónde está el nuevo campamento? ¿se puede saber dónde campa en este instante el general Prim? En veinte y cuatro horas llevamos tres diferentes, y en uno de ellos he tenido que hacer noche á la mitad del camino. Vamos andando, hasta que tropiezo con un oficial de artillería, que me da razon de dónde se encuentra la gente que yo busco; están en una de las infinitas crestas de Sierra Bermeja, frente por frente del lugar en que me encuentro, y la vista me engaña ó no es grande la distancia que hay que recorrer; vamos andando, y comienzo á cruzar huertos y á saltar vallas y á desgarrapizarme el pantalón, sin que se perciba mas ruido que el que yo hago parecido al de las fieras, cuando andan entre matorrales, ni se sienta alma nacida en aquella eterna soledad: si se aparecieran a hora por aquí unos cuantos de esos moritos que andan huidos, ¿qué seria de mí, sin armas, sin defensa alguna; pues hasta el cansancio me impediria poner en juego mis piés? ¡Hombre temerario, me decia á mí mismo, sufre y calla y anda! ¿por qué te separaste de tus filas? ¿por qué no has seguido paso á paso á los soldados, y á esta hora estarias quieto y tranquilo y sin sobra? Sufre y calla y anda, que esta noche vas á pagar juntas todas las que has hecho en esta vida, y que seria menester una muy larga para acabarlas de contar; y despues de estar dando vueltas hora y media, oigo gritos y maldiciones y rebuznos de bestias; ¡armoniosa música que si no toca al alma, el cuerpo del solitario no puede menos de agradecer! mis pa-

sos se dirigen allí donde el ruido se siente, y me encuentro con las acémilas, que hacen de las suyas, soltando la carga y tirándola por el suelo, y armando cada promontorio y cada lio en aquellas estrechuras, que ni el mismo diablo podrá desenredar; pero ya hay compañía, ya puede uno avanzar por lo menos, contando con tener segura la retirada; y á corta distancia de este sitio me encuentro con dos guardias civiles de á caballo, que van indicando la ruta por donde las acémilas podrán trepar; allí hago descanso y tomo noticias al propio tiempo. ¡Noticias! ellos saben á dónde van, que es á donde yo voy; pero ignoran por dónde, ni cuándo, ni cómo llegarán: por de pronto marchan por un barrizal, cuyas consecuencias, si no las sienten por ir á caballo, mis piés no las pueden arrostrar; así, me veo en la necesidad de tomar otro rumbo porque allí hay muchas veredas, lo cual no es lo mejor; el caso está en acertar, y cátales que comienzo á caminar por una, á quien la espesura y la frondosidad habian convertido en túnel; por allí se conocia que ni habia pasado jamás alma viviente, ni penetrado los rayos del sol, ni distinguióse el día de la noche; no habia recorrido mas que una corta distancia, y era tal el ruido que hacian los animalitos que cruzaban por las enramadas, que hubo un momento en que creí satisfecha una curiosidad tras de la que he corrido en vano durante mi permanencia en los alrededores de Tetuan. ¡Ya pareció aquello! exclamé, esta es la mansion de las monas, por estas espesuras deben tener las madrigueras. Se me ocurrió tambien si serian culebras, porque el terreno era á propósito para criarlas hasta de cascabel, y por último, entre el deseo de satisfacer la curiosidad y un poquillo de asco á los reptiles, encendí unos cuantos fósforos, y al resplandor de la luz comenzaron á saltar ratas enormes que armaron una música chillona y rabiosa que, lo confieso sin rubor, me hicieron retroceder y desandar lo andado hasta encontrar á los civiles, cuya suerte me decidí á seguir. Despues de una larga y penosa peregrinacion abandonamos la espesura y salimos á terreno, aunque escabroso, un tanto despejado

y que estaba cubierto de jaras y pequeños matorrales; desde allí ya se divisaban las hogueras del campamento y ya me fué lícito adelantarme. Aun así tardé en salir al sitio donde estaba la tienda del general Prim una hora; lo encontré sentado con sus ayudantes al fuego; alegráronse todos mucho de verme llegar, porque, no habiéndome vuelto á ver desde que les dejé por la mañana, estaban con cuidado por si me habia sucedido algo; yo iba reventado, apenas podía hablar ni tenerme en pié, y era tal el enfado conmigo mismo, que dije al general:— «Tengo que pedirle á usted una gracia. — Diga usted. — Que me mande usted dar ahora mismo cien palos sobre la caja de un tambor, por haber emprendido de noche esta caminata.» Y ciertamente que los merecia; tomé asiento, les conté mis trabajos, que hubieron de hacerles sumá gracia, les referí de la manera que habia pasado el dia, y comenzamos á discurrir sobre el efecto que hacia de noche el campamento bajo desde aquellas alturas: ¡qué bonita decoracion para la Norma! ¡qué sitio tan á propósito para los coros de druydas, no falta mas que la *casta diva* que lo ilumine para que la ilusion sea completa! Pero se me olvidaba lo mejor, y es, que estando ya cerca del campamento me encontré una hermosa borriquilla, que sin duda debieron abandonarla los moros en la huida, y haciéndola yo prisionera se la entregué á un soldado para que la subiera al general Prim, quien se la regaló á la cantinera de los voluntarios catalanes tan luego como el soldado la presentó, pues yo temí, viendo lo que tardaba, que la presentacion no se verificaria; el general no lo dudaba porque se habia dado orden para que todo lo que los soldados cogieran al enemigo lo entregaran á sus jefes, y á esta orden se debió el que en vez de una bandera cogida á los moros en la batalla del dia 4, aparecieran luego dos; segun me dijo el general, un soldado de caballería habia quitado del asta la bandera azul que despues hemos visto en Madrid, y se la habia guardado inocentemente, y como conquistada por él, para su novia, y digo inocentemente, porque no conocia la importancia que aquello

tenia, y no le habia dado mas valor que el que puede tener un trapo de seda vieja y raida: el general hizo traer á nuestra presencia aquel nuevo trofeo que, colocado en su propia asta, formó parte de los que se mandaron á Madrid.

La comida se habia retrasado esta noche, porque las acémilas no habian llegado, y hasta el mismo general se encontraba todavía sin su tienda, y como él se ocupaba de todo y estaba en todo, se le ocurrió, y no debió contribuir poco á ello la relacion de mi viaje, abrir un camino que pusiera en comunicacion los dos campamentos; hizo venir á su presencia al jefe de ingenieros, y enterado de los deseos del general, ofreció que al amanecer se daria principio á los trabajos, y en muy pocas horas estaríamos en comunicacion con el cuartel general, ¿se puede estar mejor y mas pronto servido? seguramente no; las tiendas fueron llegando y levantándose, la comida se preparó, yo no tenia gana de comer; con los sofocos que habia pasado durante el dia y la noche, lo que yo queria era beber; dirigí mis pasos con los ayudantes del general Amable, Escalante y Carlos Detendre, á la tienda de un señor Perez, mi tocayo, que seguia al segundo cuerpo con un surtido variado y abundante de latas y esquisitos vinos y licores, sugeto amable, en extremo servicial, y el cual nos preparaba el té con un *cognac*, que lo perfumaba de la manera mas agradable; menos agua, cuya prohibicion me impuse desde que pisé el suelo africano, y segun noté la misma prohibicion debieron imponerse mis compañeros, bebimos de cuanto en la tienda habia que beber, ¿qué sabe el cuerpo lo que le dan! me decia yo, alegre y alborozado, sin escuchar una voz que al oido me gritaba, — ¡mañana me lo dirás, Juanito! Hemos seguido en la tienda hasta muy tarde, yo haciéndome la ilusion de que estaba en el café del Príncipe, y mis camaradas creyéndose en el Suizo; todavía, sin embargo, están llegando acémilas, pero ya es hora de retirarse; yo no tengo á donde, con las mudanzas y cambios de domicilio, el saco de romano en que me recogia ha desaparecido; á mí no me gusta incomodar á

nadie, y esta noche no me recojo, la paso estirado en pié derecho. Día de mucho, vispera de nada; á fe que no soy solo y que son algunos los que alrededor de las hogueras están dando cabezadas; ¿qué importa uno mas? mañana descansaremos en Tetuan, y á la fatiga y cansancio de estos días, sucederá la tranquilidad y el reposo; allí al menos habrá camas y colchones y abrigo; lo que me sobraba á mí en aquellos momentos era abrigo; por fuera tenia á mi lado las llamas, y por dentro ardía; mi estómago era un horno, cuyos fuegos tenia que apagar á cada instante por medio del *bi-carbonato de sosa*, que nunca se aparta de mí; la sed me atormentaba, la boca la tenia seca, mis lábios no se podian despegar; un delicioso chorro de agua que brotaba de entre aquellas peñas, me recordaba á Moisés y al hermoso cuadro de Murillo, que se ostenta en Sevilla en el hospital de la Caridad; veia llegado el momento de faltar á mi propósito y de tener que imitar al pueblo hebreo; ya no pude resistir mas, aquel chorro de plata era tentador, á él me fuí, en él puse mi boca y la refresqué, y bebí hasta saciarme y hasta que no quise mas; la satisfacción fué inmensa, el gusto grande, lo que cuesta el placer satisfecho, aun siendo hijo de la necesidad! al cuarto de hora tenia mayor sed, y unos dolores de vientre, y unos calambres, que me pusieron en cuidado, y hasta me hicieron pensar si los pícaros moros habrian envenenado aquellas aguas, sospechando que pudieran beberlas los cristianos; pero no, este pensamiento nacia en mí al recordar el suceso abominable y criminal, que mancha nuestra historia y que aun llora la cristiandad, nacia en mí al verme atacado por el cólera á cuya aguda enfermedad va unido en España el envenenamiento de las aguas, pretesto infame que produjo la horrible matanza de los frailes. Lo que yo tenia era el cólera, y lo que hice en seguida fué despertar á los asistentes y hacer que cocieran manzanilla y tila y agua de arroz; y una inmensa bufanda de lana que llevaba, la convertí en faja y me abrigué el estómago y me envolví en una manta y me eché en el suelo, y aguan-

tando los dolores, y frotándome brazos y piernas por encima de la ropa, y teniendo que salir á cada instante á *lirar á las palomas*, vino el día, y en sus primeras horas, la órden de levantar el campo saldeando aquellas alturas para caer el conde de Reus al frente de su division sobre la alcazaba de Tetuan.

Enfermo como estaba, seguí al segundo cuerpo á pié, subiéndolo y bajándolo cuestas cubiertas de jarales, por médico á mí propio, y por medicina una botella de agua-arroz que me habia hecho preparar; aunque la enfermedad estaba perfectamente caracterizada, creí por de pronto que el mejor medio de combatirla era no pensar en ella y sudar mucho; el sol abrasador que hacia, la ropa que llevaba encima, el camino dificultoso que tenia que recorrer, y la idea constante de que iba á ver muy luego á Tetuan, fueron los agentes mas eficaces para mi plan curativo; pero dejemos á un lado la enfermedad, ¿á qué ocuparnos de cosas tan pequeñas cuando hay gigantes de por medio, cuando nuestros soldados están en busca del premio á sus heróicos esfuerzos, á su preciosa sangre derramada, al triunfo completo y decisivo de la batalla del 4? Aquella ciudad blanca como el armiño, que hacia tantos dias contemplaban desde la playa, y que era el término de sus inmediatas aspiraciones, va á ser suya; aquella ciudad, virgen pura, segun su blanco atavio, tan guardada por los moros, tan defendida con las murallas que la cercan y cañones que la guarnecen, y á quien la Alcazaba, centinela perpetuo, protege con sus fuegos, va á ser suya; aquella ciudad ocupada por moros y judios, va á caer dentro de cortos instantes en poder de los cristianos; España va á contar muy luego con el dominio de una ciudad importante dentro del imperio Marroquí; así verá el mundo que no impunemente se la ultraja, y que allí donde su honra se mancilla, no tarda mas que lo que su voluntad quiere para que se ostenten triunfantes las armas y pendones de Castilla.

Son las diez de la mañana; la poblacion, desde el dia anterior, ha sido entregada al saqueo, á la muerte, á la devas-

tacion; son ellos mismos, sus propios moradores, los encargados de su defensa, los que se han impuesto tan negra como horrible tarea; ellos, al pelear por la patria la imprimen tan negro borron; son ellos mismos, los famosos moros de rey, ¡los bárbaros! que presentan á la civilizacion al entrar por aquellas puertas el cuadro de vandalismo mas atroz; el general Ríos se introduce á esta hora en la plaza, mientras el conde de Reus, siempre en lo de mas riesgo y empeño, ocupa la Alcazaba que sus soldados tienen que escalar, por tener las puertas cerradas y haberla abandonado los que la custodiaban. Arrepentidos sin duda, quisieron volverla á ocupar, pero ya los cañones están en poder de nuestros bravos, y ellos sirvieron para ahuyentar á los que, ¡cobardes! hacia un instante eran dueños de lo que no supieron ó no pudieron guardar ni defender. Yo me encontraba en una altura que dominaba la Alcazaba; al tremolar sobre ella la bandera española, en el mismo sitio donde habíamos visto ondear bandera roja, los cañones la saludaron con su estruendo, los soldados todos con vivas á la Reina, y las músicas con sus himnos y sus marchas; entre todas, llegaba á mis oídos la de las trompetas de la caballería: ¡recuerdo magnífico, en que se enlazaba la tradicion con lo providencial! ¡aquella era la marcha que por primera vez se tocó á la Reina Católica, cuando entraba triunfante por las puertas de Granada, último asilo de la morisma en España! ¿Cómo no sentirla cuando recordaba las glorias de Isabel I, y saludaba con eco sublime y magestuoso acento la feliz continuacion de aquella obra por Isabel II, su nieta? También mi débil voz resonaba entre las escarpadas sierras; mis ojos se levantaban al cielo en accion de gracias al Altísimo, y mis labios daban paso á lo que sentia el corazon por la patria y los guerreros que la ilustraban allí con insignes hazañas y cubiertos de laureles inmarcesibles; pequeña ofrenda en verdad á tan grandes merecimientos, pero bastante á consagrarlos, mientras España, sabedora de lo que allí pasa, levanta altares al valor y á las virtudes de sus hijos.

XIX.

ENTRADA EN TETUAN.

Ha llegado el momento tan suspirado por mí de ver á Tetuan; penetrando en su interior. ¡Qué sorpresa! Como el que corre tras la esperanza, y al tocarla la ve desaparecer; como el que tras sueños de venturas y delicias siente el instante en que llega á despertar, así mi ánimo decae y se nubla mi alegría al dar los primeros pasos en la codiciada ciudad; aquella ninfa de lindo rostro y blancos atavíos se ha cambiado de repente en parca fiera, que por do quier que se la mire representa la imagen de la muerte; debajo de aquella limpia sábana se oculta el fétido cadáver de una carcomida anciana; por encima se asemeja á la nieve, por dentro es un inmenso lodazal; fiel espejo de la vida, se la contempla hermosa en la apariencia, solo barro y miseria solo, y nada mas que polvo desde que en ella se llega á penetrar; por sus largas, estrechas y tortuosas calles corre el pueblo hebreo, que en descompasados gritos saluda, no sé si contento ó servil, la traza es de cualquier cosa, dando vivas en bien claro español, á la Reina y á los generales, y la bienvenida á los señores españoles: tambien se ven algunos moros que saludan inclinando la cabeza sin afectada humillacion, y en cuyas fisonomías se advierte cierta tristeza y simpática dignidad que el amor á la patria no puede menos de inspirar; los vándalos han huido, pero allí han dejado huellas sangrientas de su corta y bárbara dominacion; lo que no han podido llevar consigo lo han despedazado, y calles y plazas están sembradas de comestibles y cascotes de vajillas, y las puertas de las tiendas violentadas, y sus efectos robados ó destruidos, y todo salpicado con sangre humana, que

ha corrido abundante en las horas que precedieron á la entrada de nuestras tropas en la ciudad. El cuadro que allí se presenta es repugnante á la vez que aterrador, pero la Providencia, que del mal intenso hace brotar el bien fecundo, al lado de aquel fúnebre lienzo hace que se estienda otro á donde la vista se recrea con encantos, el ánimo descansa, se enaltece el espíritu, y se agrandan y subliman los misterios de nuestra religion. Allí están nuestros soldados y con ellos la civilizacion; no soy yo quien lo dice, mi palabra pareceria interesada; pero he oido á personas nada sospechosas, á corresponsales extranjeros en el campamento, que nuestros soldados son los primeros del mundo. ¿Y quién lo puede dudar? ¿dónde hay soldados que batiéndose como lo hicieron los nuestros el dia 4, al dia siguiente, ébrios con el triunfo, cuando aun humea la sangre que han derramado, cuando el amigo se encuentra sin el amigo, y la compañía sin sus queridos jefes, y resuenan en sus oidos los ayes de tantos heridos, que entran en la ciudad que ha sido la madre de los enemigos y su auxilio eficaz para el combate, en la ciudad, de la que pueden decir: —cuanto aqui se encierra es nuestro, lo hemos ganado con las puntas de las bayonetas y el escudo de nuestros pechos;—y que esos soldados, ni pronuncian una palabra descompuesta, ni lanzan una mala mirada á sus contrarios, antes bien, al verlos desnudos ó cubiertos de andrajos, abatidos y exánimes por la miseria y el hambre, se disponen á enseñar á la Europa, que les contempla, lo que es la civilizacion, lo que son los soldados españoles, lo que es España. Los enemigos, porque allí todos eran enemigos, se han robado unos á otros, se han muerto, se han despedazado. —¿Qué importa, dirian otros soldados? Ese trabajo nos han quitado de encima. Mientras, los españoles se quedan sin pan y sin arroz por alimentarles, y ropas con que cubrir su desnudez, y lo que en otros hubiera sido ira ó indiferencia es en ellos compasion y cariñosa solicitud; por eso en vez de esconderse, como acontece en los paises conquistados, se van presentando todos en las calles y en el campo; por eso se acercan moros y he-

breos, y los rodean y les hablan y les colmarían de bendiciones á permitírsele su religion estraña.

Tales fueron las impresiones que yo recibí en los primeros momentos y que poco á poco durante los tres dias que seguí en Tetuan se fueron robusteciendo y confirmando. El ejército, escepto algunos batallones de la reserva á cuyo frente estaba el general Ríos, á quien con mucho acierto se le encomendó el mando de la plaza, camparon á sus alrededores, tocándole al general Prim situarse á la espalda en una llanura inmensa, sembrada por algunos sitios de zanahorias, rábanos y patatas: aquel sitio se limpió como se pudo, se dió sepultura á algunos cadáveres de moros que por allí habia desparramados, se levantaron las tiendas con cierta holgura y simetría que hermoseaba aquel recinto, resguardado por montañas y al que sirviendo Tetuan de cabecera, bañaba sus piés el caudaloso rio; á lo lejos se divisaban á la raiz de la sierra, algunas casas de campo, todas ellas abandonadas y algunas encerrando muebles y efectos de valor, por lo que dispuso el conde las ocuparan los soldados guardándolas á la vez; apenas nos situamos, el campamento se llenó en seguida de israelitas, hombres y mujeres, viejos, jóvenes y niños, todos andrajosos, pidiendo todos y cargando con la galleta y el arroz, que generales y jefes y oficiales y soldados habian á las manos; tambien tomaban dinero, y ropa y alpargatas y zapatos; con nuestra presencia allí, el Dios de los cristianos habia ido á ver á los judíos: ¡jamás ví gente tan desarrapada, ni tan insaciable, ni tan soez y pediguéña! A mucho obliga el hambre, es cierto, pero hasta el hambre tiene dignidad; cuando se prescinde de ella, fastidia el que pide, y se aburre y se cansa el que debe lastimarse; yo de mí sé decir que no encontré nada que me hiciera simpáticos á los árabes mas que la conducta de los hebreos, y á pesar de eso, desde el conde de Reus hasta el último soldado les dieron todas las galletas y el arroz que tenian; afortunadamente, ni comian tocino, ni bebían vino, que de otra manera cargan con todas las existencias, incluso los repuestos de la Aduana.

Durante la mañana y la tarde, los moros y judíos ausentes, que volvían á la ciudad, venían cargados muchos de los efectos que habían llevado consigo, ó que habían tenido que ocultar; la conducta noble de nuestros soldados inspiró gran confianza á los habitantes de Tetuan, y en aquel país conquistado, se disfrutaba de una tranquilidad y de una seguridad, de que se conoce no tenían sus moradores idea ni remota; muchos árabes que, por su traje y maneras, parecían gente de distinción, vinieron á presentarse á la tienda del general Prim, quien se informaba minuciosamente de cuanto necesitaba saber acerca del enemigo, fuerzas con que contaba, disposición de ellas, su disciplina, el punto ó puntos donde probablemente podrían encontrarse, camino que debería emprenderse para ir en su busca, recursos de que podían disponer, etc., etc., los hebreos como se puede suponer, daban por cosa fácil y hasta hecha cuanto fuera en contra de los árabes, de quienes confesaban sin rubor que se habían dejado maltratar y saquear porque tenían la desgracia de ser cobardes. Yo no quiero ocuparme mas de aquellas tribus, que para hacérmelas tolerables, recordaba á Moisés y los sublimes cantos de Rossini en la ópera de este nombre.

Entretanto mi enfermedad seguía su curso; con la caída de la tarde se fué agravando y vime precisado á meterme en cama, y obligado por la necesidad á aceptar la del coronel Detendre; jamás me he visto tan bien asistido ni con tanta prontitud; á mi cábecera se encontraban jefes de todas las armas y médicos distinguidos, despertándose tales simpatías por mi salud que no pude agradecer en el acto, porque la enfermedad se complicó con una fiebre que me hizo perder la cabeza y estar delirando algunas horas, pero que despues estimé en cuanto valían y que jamás se borrarán de mi memoria; los médicos me ordenaron una cosa, pero el ayudante del general, coronel Gaminde, me recetó otra, que fué un terron de azúcar mojado en láudano y alcanfor que tomé con alguna repugnancia, pero que me provocó un sudor tan instantáneo como copioso, de tal suerte, que al día siguiente por la mañana me

encontraba sin novedad; guardé dieta á pesar de eso y continué con mis tazas de manzanilla y agua de arroz, y bendije á la Providencia porque me habia sacado á salvo de la enfermedad, mientras cerca del sitio en que me encontraba se habian dado casos fulminantes, cuyo resultado fué irse los atacados á contarle á la eternidad.

El dia 7, desde que amaneció y atraídos sin duda por el aroma del café, habia en nuestro campamento mas judios que cristianos: los soldados se entretenian con ellos largamente, y con la boca abierta todos, los unos escuchando y los otros en actitud de pedir comida, hacian los primeros el papel de bobalicones, mientras los segundos encontraban la piedra filosofal. Cada soldado se creia convertido en un misionero, y allá, á su modo, les predicaban induciéndoles á la conversion; yo pasé escuchándolos algunos ratos deliciosos y entretenidos; su grande empeño, cuando gritaban ¡viva la Reina! ¡bien venidos señores! era el que dijeran, ¡viva la Virgen Inmaculada! y los galopines de los judios les contestaban, «eso no, eso no» y trataban de convencerlos, y les decian, que si ellos habian venido á salvarles, á la Virgen se lo debian que era su protectora, y les enseñaban los escapularios y las medallas, pero firmes en su creencia y en su estravio, se echaban á reir y contestaban siempre, «eso no.» Ignoro si desde que yo me vine habrán progresado en sus predicaciones y obtenido algun fruto en ventaja de la fe y de la doctrina católica; es posible que si, por aquello de *gutta cabat lapidem*, pero de cualquier modo, siempre dirá mucho en favor de nuestros soldados, el verlos despues de guerreros denodados, entregarse en los ratos de solaz á la propaganda de su religion. Tambien se presentaron algunas judias, ancianas las mas y niñas; de jóvenes era rara la que se veia; su fisonomía tenia mucha espresion, y aunque trabajada por la desgracia y el infortunio, asomaban en ella algunos rasgos de tan interesante tipo. Los soldados, si bien no las buscaban, las veian venir, ¡si no hubieran sido judias! por lo demás, el fruto tiene la ventaja de comerse.

verde y seco, con vena y sin ella, y en todas las estaciones; la judía es muy familiar al soldado, ¿qué extraño que al ver una *nueva especie*, como diría mi amigo Burgos, «¿quiera cultivarla con su trato benéfico y hacer que se propague?»

La noche se ha venido insensiblemente encima; yo sigo á dieta, aunque me encuentro bueno, pero sigo á dieta para el general, no para el amigo Amable Escalante, que ha hecho sacrificar unas gallinas, que hacia dias estaban en su compañía, y como la gallina es al enfermo lo que el buen garbanzo al puchero, no quiero que por mí falte esta regla de proporción; me senté á la mesa, comí como un lobo, y de vino, de buen vino! ¡Burdeos y Jerez! me eché al cuerpo mas que una mula agua, cuando tiene sed; apenas habiamos acabado, el general me mandó á buscar por un ayudante suyo; él habia comido tambien, y estaba á la hoguera fumando su cigarro é inmediata la música tocando aires nacionales; el conde de Reus se encantaba al ver el cuadro que ofrecia aquel vasto campo iluminado por el fuego, y queria que yo participara de tan interesante novedad; fuí en seguida y me alegré del aviso, porque era un cuadro tan raro como nuevo y animado, y que solo el pintor Gerardo de la *bella notte* pudiera trasladar al lienzo con el mágico pincel á que debió tan significativo sobrenombre. Dimos algunos paseos, admirando aquel conjunto en muchos de sus detalles, conversamos sobre la última jornada y probabilidades de que se hiciera la paz, y despidiéndonos hasta la madrugada para ir juntos á visitar al general en jefe, el conde se retiró á su tienda y yo me fuí á la del famoso Perez con mis compañeros, á tomar el rico té que ya nos estaba esperando; allí pasamos el rato hasta las doce de la noche en que nos fuimos todos á nuestros respectivos camaranchones de lienzo; pasé la noche como en colchon de pluma, no sin pensar algun rato en la importante visita que con el general Prim debia de hacer á la mañana siguiente.

XX.

VISITA AL GENERAL EN JEFE.

Amaneció el día 8 de febrero, claro, sereno y apacible, pero funesto y triste y desgraciado para mí; día en que me veía condenado á descubrir una flaqueza ó á tener que desempeñar el papel de héroe por fuerza; el general Prim me habia citado para que juntos fuéramos á visitar al general en jefe, á quien al propio tiempo que debia ofrecer mis respetos y felicitarle por la batalla del 4, pensaba pedirle sus órdenes para la corte, á donde habia hecho ánimo de regresar al día siguiente. Para cumplir este deber, que yo mismo me habia impuesto, era preciso montar á caballo, pues ni era natural que teniendo que recorrer una larga distancia hasta el sitio donde campaba el conde de Lucena, fuéramos á pié, ni el general á caballo y yo á su estribo á manera de escudero. ¡Montar á caballo! yo que habia hecho á pié largas fatigas, yo que hasta entonces á costa de mi cuerpo habia logrado evadirme y sortear todos los trances difficilísimos, en que parecía imposible, por lo cansado y estropeado que me encontraba, dejar de aceptar el caballo que me ofrecían, ¡á caballo yo! ¡el arrastrado, el pisoteado, el que siempre mide el suelo en el acto de calzarse los estribos! No hay mas remedio que sucumbir, ¡á caballo! Día funesto para mí, y en que ó la Providencia que está en todas partes ha de tomar ancas conmigo, sin que nadie la vea y sujetarme, ó la historia de mis cabalgatas tendrá que registrar un tumbo mas entre los infinitos que ya cuenta, ¡pobre Juan! y no es que yo tema la caída, ¿quién teme caer en esta vida, sembrada por todas partes de tropiezos? No es eso, no es la caída, ni el romperse un brazo ó la cabeza, no, es la vergüenza, es el verse objeto de la risa y de la rechifla de los demás; si fuera solo, y nadie me viera caer

pase, pero ir al lado del general Prim y seguido de sus ayudantes y de su escolta y caer..... la muerte primero, ¡Dios mio, cómo permitis el que yo pase tan apurado trance! Póngame su divina magestad cien moros delante, que yo saldré á combatirlos como sea á pié, pero no me mande correr á caballo tras de una liebre, porque he de ser mas cobarde que ella y no la podré alcanzar.

En estas ó parecidas reflexiones me ocupaba yo, cuando á las ocho de la mañana recibia la orden de montar; el general habia mandado que me dispusieran un caballito árabe, que tenia consigo, y al cual habian hecho prisionero hacia algun tiempo; sus antecedentes, por lo tanto, eran ignorados, desconocida su historia y tambien su árbol genealógico; no sabia de él otra cosa, sino que lo habia montado en la batalla del 4 el teniente coronel D. Francisco Tert, y que mientras este habia sacado dos balazos, el animalito habia salido incólume; nada tenia de particular, como era árabe le habian respetado las balas de sus paisanos. Luego que lo ví ataviado, teniéndole un ordenanza de la brida, me consoló su aspecto: de todo tenia trazas menos de caballo: su talla corta, su pelo negro, cabeza lánguida y con inclinacion á la tierra, especie de resabio adquirido yendo en busca de algo con que satisfacer el hambre; la mirada cansada y triste; no era su ojo, el ojo árabe de que hablaba mi general, sino el del que siente y significa la desgracia de haber caído en manos de los enemigos de su patria; era un caballo sin ancas, pues aunque tenia el sitio donde debian de estar, se presentaba tan pendiente y tan accesible, que solo el mal parecer me quitó la tentacion de subir á la silla por aquel camino, prefiriéndolo á tener que montar por los estribos. Encomendéme á Dios y con su ayuda monté por fin, y no hube de hacerlo del todo mal, porque segun observé no soltó la risa ninguno de los muchos que alrededor me miraban. No soy jugador, pero luego que monté me pareció caballo de naípe segun lo dominaba; salimos en seguida al paso, por entre los soldados que nos contemplaban, y no habiamos andado

algunos, cuando sentia los huesos del animalito que se me metian por las piernas, antojándoseme que mas que sobre caballo iba montado sobre un *potro*. Llegamos á la ciudad, que tuvimos que atravesar, y ya iba yo mas animado y tranquilo; todo mi cuidado y mi temor era el de encontrar terreno franco y llano donde los caballos pudieran correr con libertad, y para dicha mia Tetuan tenia la ventaja de sus calles estrechas, tortuosas, intransitables, llenas de basura, de estorbos y embrazos, circunstancias todas que cuadraban perfectamente á mi situacion embarazosa, aunque despues de todo, yo caia tan bien á caballo como me caigo de él con la mayor facilidad, y si he de decir con franqueza lo que entonces pasaba por mí, lo diré: iba lleno de una pueril vanidad, y todo se me volvia decir para mi sayo: ¿dónde andan esos amigos que no me ven? porque aun á costa de ir mal montado, recordaba el adagio: *Eso queremos los de á caballo, que salga el toro*, pero el toro no salia, y los amigos no asomaban por ninguna parte; salimos por otra puerta de la ciudad, y siempre al paso hasta llegar al campamento del cuartel general en donde nos apeamos. El conde de Reus entró primero en la tienda del general en jefe y en seguida me mandó pasar adelante; el conde de Lucena me salió al encuentro, me alargó su mano de una manera afectuosa, y despues de ofrecerle mis respetos, le felicité por la gloria que habia alcanzado para su patria en la jornada del 4, de la cual el general Prim, le manifestó que habia sido testigo, y que podia por lo tanto hablar con fundamento de cuanto allí habia pasado; el conde se alegró mucho de ello, porque de esa manera, cuando llegara á Madrid, podia contárselo á mis amigos (los amigos, por si el lector no lo entiende, á que aludia el general en jefe, eran los que se llaman de la *tiga*!).—Dígales usted como se trabaja por aquí.—Con mucho gusto mi general.—Y que me encuentra usted como usted ve; nunca he estado mejor.—Así se lo diré.—Que ni el cólera, ni las balas de los moros, ni la inclemencia de los tiempos, ni las privaciones, nada, absolutamente nada, puede

acabar conmigo. —Y creo mi general que tendrán mucho gusto en oirlo de mis lábios. —¿Usted lo cree? —Y tanto como lo creo; de mí que tengo afinidad con algunos de esos señores, sé decir á usted que le deseo larga vida, para que pueda proporcionar á su país nuevos laureles como los que acaba de proporcionarle. —Si lo creo, y le doy á usted las gracias, pero no hay regla sin escepcion. —Me habló en seguida de la fe que tenia en todas cuantas cosas ponía mano; nacida de que en su vida le habia salido todo bien, y que por eso estaba seguro del éxito de la guerra, en la cual no pensaba cejar, mientras la honra del país que estaba confiada á su cuidado no quedara plenamente satisfecha. «Con estos soldados, me decía entusiasmado, me voy hasta el fin del mundo,» y yo que los habia visto batirse, le dije que tenia razon, añadiéndole por mi parte y con toda sinceridad, que aunque de la guerra de Africa no se sacara otra cosa, que la de haber puesto en evidencia á los ojos de Europa nuestra fuerza y el valor de nuestros soldados, debiamos darnos por satisfechos. El general Prim, terció tambien en la conversacion, encareciendo la iniciativa que en la guerra habia tenido D. Leopoldo, sacando á España de la postracion en que yacia, y elevándola á una altura en que hacia largos años que no se habia encontrado. Entonces el general en jefe imprimiendo en sus palabras el sello de la sinceridad, manifestó que todos sus deseos y todas sus aspiraciones, se cifraban en que las fracciones políticas todas, comprendieran la verdadera situacion en que el país se encontraba para aprovecharla en beneficio del mismo, pues de lo contrario, si se persistia en seguir por el mismo camino que hasta el dia, desesperaba de verlo próspero y feliz. Yo escuché con mucho gusto palabras tan patrióticas y tan nobles aspiraciones. En esto, entró en la tienda á despachar con el general su jefe de estado mayor, general Garcia, y no queriéndole distraer ni un solo instante de sus apremiantes ocupaciones, le dije que si algo se le ofrecia para Madrid, podia mandarme y disponer de mí como gustase; mostróseme agra-

decido deseándome feliz viaje, dióme la mano con la misma risita con que me la alargara al recibirme; quedóse en su tienda, y yo me retiré con mi general, satisfecho y contento de la benévola acogida que habia merecido de D. Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena.

Volvímonos al campamento, donde ya nos esperaba el almuerzo, durante el cual decidí mi viaje para el día siguiente y así se lo manifesté á mi general; quien convino conmigo, en que difícilmente podria verse mas de lo que yo habia visto ya; entonces recordó que aquella misma tarde salia el coronel Rizo, ayudante del general en jefe, conduciendo los trofeos á Madrid, y pensando que yo podria hacer el viaje con mas prontitud y comodidad en su compañía, me hizo arreglar la maleta, me entregó las dos espingardas de los moros que él mismo mató despues de entrar á caballo por la tronera, para su amigo D. Nazario Carriquiri; una Biblia hebrea de muchísimo valor para otro amigo suyo; una pistola moruna cogida tambien en la accion del 4, y un laud que se encontró en la tienda de Muley Abbas para mí, y haciéndome acompañar de un ayudante suyo, con el encargo de decir al general en jefe que deseaba partiese yo en compañía del coronel Rizo, nos despedimos con un tierno abrazo, yo para Madrid y él para practicar un reconocimiento camino de Tánger.

XXI.

VUELTA Á LA CÔRTE.

El ayudante del general cumplió su mision y el general en jefe accedió con mucho gusto á los deseos del conde de Reus, encargándole que á las tres de la tarde me encontrase en la Aduana para emprender en seguida el viaje; así lo verifiqué, pero hasta las cinco no nos pudimos embarcar, y eso con bas-

tante dificultad, y para pasar aquella noche á bordo del vapor *Tajo*, que debia conducirnos á Alicante, en compañía tambien del mariscal de campo D. Juan Vanhalen, quien estuvo horas en el campamento para felicitar al general en jefe, y don Jorge Diez Martinez, que ha seguido toda la campaña de aficionado al lado del cuartel general.

Antes de ir á bordo del *Tajo*, la lancha que nos conducia se detuvo en el punto donde anclaba el vapor *Vulcano*, en el cual se encontraba el jefe de las fuerzas navales señor general Bustillos, con quien debia de comer el coronel Rizo. El general que supo nos encontrábamos en el bote, nos hizo pasar á bordo, y nos obligó á tomar asiento en su mesa con los demás oficiales de la tripulacion, distinguiéndonos y obsequiándonos como saben hacerlo siempre nuestros marinos. Luego que la comida se terminó, que dicho sea de paso, fué de platos escogidos y perfectamente bien servidos, nos despedimos del general y de sus oficiales, contentos y agradecidos, ya porque allí supimos los gigantescos esfuerzos que ha hecho nuestra marina durante la guerra de Africa, corriendo grandes peligros desde el general hasta el último soldado, en medio de los desechos temporales, ya por la atencion que nos dispensara sentándonos á la mesa, cuando, al menos por mi parte, era la primera vez que tenia el honor de saludarle y de tratarle. Volvimos á nuestro bote, llegamos al *Tajo*, donde ya nos esperaban, nos acostamos en camas formales, pues aunque estrechas, eran verdaderas camas, con sus sábanas y almohadas y todo el abrigo necesario para poderse desnudar y dormir en regla; el cuerpo que no estaba hacia algun tiempo acostumbrado á tales mimos, se extrañaba de tanto regalo y hasta se resistia al sueño; pero al fin cedia y se entregaba; ¿qué cuerpo rendido no se rinde agradecido en una buena cama? se pasó bien la noche; de madrugada se embarcaron los cañones y demás trofeos, tres caballos árabes muy hambrientos y despeluznados, que no hicieron mas que comer durante la travesía, un ternerillo y una perdiz árabes tambien. A las nueve de la mañana del dia 9, em-

prendia el vapor su marcha para Alicante, á cuyo puerto llegamos á las cuatro y media del siguiente dia, después de haber hecho un viaje felicísimo, perfectamente bien comidos y asistidos, con un capitan muy servicial y unos compañeros de finísimo trato y muy agradable conversacion; á las seis y media de la tarde del dia 9, salíamos de la estacion del ferro-carril de Alicante, y á igual hora de la mañana siguiente, saltábamos en la de la puerta de Atocha, paseando por Madrid á las cuarenta y ocho horas de haber dejado las playas africanas, que guarnecen la rada de Tetuan.

XXII.

CONSIDERACIONES QUE SE DESPRENDEN DE MI VIAJE.

La guerra de Africa ha sido eminentemente popular; si el entusiasmo que se ha despertado en todos los pueblos de la Monarquía, desde las ciudades mas importantes hasta el último rincón, no lo anunciaran en muy alta voz, lo dirian esas eternas listas que publica la *Gaceta* y en las que aparecen todas las clases, todas las gerarquias, y hasta pudiera decirse todos los españoles, contribuyendo espontáneamente al alivio y suerte de los inutilizados en campaña, á parte de lo que en justicia haga por ellos la nacion; lo dirian tambien el gozo, la alegría y hasta la locura con que se acojen por todos los triunfos y las glorias de nuestros hermanos, ofreciendo largos dones á su heroismo, recuerdos eternos á sus glorias, cantares magníficos á sus insignes hazañas, acrisoladas virtudes y constantes padecimientos. La guerra de Africa, es, lo repito, eminentemente popular; la tradicion lo refiere, lo anuncia por do quier; el presente, y el porvenir lo vaticinan ya; nuestros mayores nos lo enseñaron, por eso lo predicamos hoy; así lo aprenderán los

que vengan detrás ; mientras haya moros y cristianos, la guerra de Africa será popular!

Pero dicen algunos que se gasta mucho ; esto no merece ni los honores de la refutación ; lo que debieran preguntar esos grandes economistas cuando están lejos del poder, si al ejército le faltaba algo ; yo he visto que nada le falta, que le sobra de todo ; que el soldado no ha estado nunca jamás mejor asistido, mejor cuidado ; que el ministro de Hacienda sin hacer ruido provee á todas sus necesidades ; que no se vive al fiado ni de trampa ; que todo se paga en el acto, sin que vuelvan á repetirse aquellos espedientes de suministros y de tres capitales por uno y falsificaciones y estafas. ¡Que se gasta mucho! es verdad, pero los pueblos lo pagan con gusto, porque se gasta bien ; mas ha costado al país el apagar un motin forjado de antemano, que cuesta y podrá costar la guerra de Africa. Allí el oro corria por un lado mientras la sangre se derramaba por otro ; y á fuerza de oro y sangre eramos causa de escándalos en la nacion y de ludibrio en Europa ; hoy se gasta y nuestros hermanos van en busca de la muerte, pero España se alimenta con sus glorias, vuelve á cobrar su antiguo esplendor y poderio y cambia en afecto y simpatía la indiferencia y menosprecio con que las potencias extranjeras nos miraban.

Tambien se ocupan algunos de las gracias que se conceden al ejército, de si son muchas, de si no hay justicia distributiva y de si hay antagonismo entre algunos generales. Por lo que yo he visto y por lo que el país sabe, me parece poco cuanto se le dé al soldado y á sus jefes en premio de lo que ellos dan á su patria, que es la vida. Es muy posible que haya algun descontento, aunque no sea mas que por aquello de que donde hay mucho ha de haber de todo, pero puedo asegurar, que de los que yo conozco, empezando por el general Prim y acabando por el último soldado, ni hay esas quejas que se cuentan, ni ese antagonismo que se refiere ; y para probarlo, ya que he citado al general Prim, fijémonos en él. Al principio de este librito he referido cuáles eran las aspiraciones del conde

de Reus; él me lo dijo, y me decía la verdad; no eran otras que el de que los soldados le conocieran y el país también. ¿Lo había conseguido? que respondan los soldados y el país por mí. El sabía que nada le podían dar, ¿acaso cruces? las tiene todas; ¿otro título? le basta serlo de Castilla, con el nombre del pueblo donde nació; ¿por ventura el empleo de capitán general? ¿quién ha pensado en eso! Los reglamentos se oponen y un reglamento, ni se cambia, ni se muda tan fácilmente en España; ¿cambiar un reglamento! ¿y para hacer capitán general á Prim! eso no puede ser, ni será... mas ¿por qué? y como quien no dice nada levantan el grito los sostenedores del antagonismo entre el conde de Reus y el duque de Tetuan? Si los hubieran visto como yo los he visto, subordinado el primero como si fuese el último soldado; deferente, cariñoso y entusiasta el segundo; como puede serlo el hermano con el hermano y el padre con el hijo; ¿qué poco hablarían de antagonismo! El general Prim lo dice á todo el que se lo quiere oír, que allí no hay más figura importante y que sobresalga que la del duque de Tetuan; así como este proclama al conde de Reus como el valiente entre los valientes, y ensalza su pericia, y pondera su sangre fría, y encomia su entusiasta y febril actividad. Y si tanto reconoce su mérito y lo distingue ¿por qué no se le premia como se ha premiado á los demás? ¿Y quién se atreve á decir que el duque de Tetuan no ha premiado al conde de Reus como merecía? Podrán los reglamentos, ó lo que sea, no haber adornado la manga de su casaca con el tercer entorchado, pero el duque de Tetuan, le ha tejido el tercer entorchado y se lo ha puesto, no sobre la manga, donde pudiera mancharse y hasta desprenderse, sino en la hoja de servicios, de donde no se borra jamás: este entorchado es tan precioso que no puedo resistir al deseo de trasladarlo á este lugar.

El día 48 de diciembre decía D. Leopoldo O'Donnell desde el campamento de su cuartel general, frente á Ceuta. — Debo también hacer presente á V. E. y rogándole lo haga á S. M. la Reina, el comportamiento distinguido del general Prim. Si su

valor y serenidad no fuesen conocidos, como lo son en el ejército, este solo hecho bastaria para adquirirle con justicia el título de valiente y entendido.» Esta fué la accion del dia 12 de diciembre.

El dia 17 hubo otra accion, de la que daba parte D. Leopoldo con fecha 21 de diciembre, y dice: — «Testigo de las acertadas disposiciones tomadas por el conde de Reus, cábeme la satisfaccion de anunciárselo á V. E. para el debido conocimiento de S. M. la REINA, etc.»

El 22 del mismo mes, con motivo de un nuevo encuentro dice el general en jefe: «Que está altamente satisfecho de la prontitud é inteligencia con que fueron ejecutadas sus órdenes, y *muy particularmente* de la tranquilidad y acierto con que el general conde de Reus dirigió todas sus operaciones.»

El dia 4.º de enero, con motivo de la accion de los Castillejos. — «El general Prim ha avanzado mas de lo que le tenia prevenido, en las que acampa esta noche su division. Considero este hecho de armas el mas importante ocurrido hasta hoy porque el enemigo ha resistido con tenacidad. Acampamos en las posiciones conquistadas... Los generales Zabala, Prim y O'Donnell se han distinguido de un modo notable.»

En el parte detallado de esta misma accion, habla de haber sido llevadas algunas operaciones, que encomendó al conde de Reus, á término feliz con la mayor impetuosidad; dice entre otras cosas que tanto le distinguen. «A las tres de la tarde, reforzado el enemigo, con los numerosos grupos que seguian sin cesar incorporándosele, atacó otra vez de un modo desesperado las posiciones ocupadas por el conde de Reus, pero este con ese valor sereno que tanto le caracteriza, poniéndose al frente de sus batallones al grito eléctrico de ¡VIVA LA REINA! salió al encuentro del enemigo, que como un raudal impetuoso descendia de los cercanos montes. Pronto llegaron á cruzarse las bayonetas y gumías, siguiéndose por algunos momentos una encarnizada lucha cuerpo á cuerpo, de la que salieron vencedores nuestros batallones. El enemigo

volvió las espaldas, y el estandarte de San Fernando tremolado por el mismo conde de Reus, ondeó de nuevo en la importante posicion tres veces disputada.»

Desde el campamento del rio Capitanes con fecha 14 de enero en el ataque que intentaron los enemigos contra nuestras tropas el dia anterior, dice del general Prim, que mandaba interinamente el segundo cuerpo «que dirigió el combate con notable acierto y bazarria.»

Al dia siguiente 14 se distinguieron á las órdenes del general Prim, los generales Orozco, O'Donnell y brigadier Paredes, tomando las alturas que domina el campo enemigo.

En el paso de las gargantas de Cabo Negro, dice el general en jefe. «En esta jornada, Excmo. Señor, he tenido la satisfaccion de poder apreciar de nuevo lo que valen nuestros valientes tropas dirigidas por generales tan acreditados como el conde de Reus, y los de division Orozco y O'Donnell.»

En la batalla del 4 de febrero. «El general conde de Reus al frente de sus batallones se lanzó á la trinchera.... El conde de Reus dando el ejemplo penetró por la tronera de uno de sus cañones.»

En la entrada de Tetuan «el general conde de Reus ocupaba la Alcazaba, teniendo que escalarla, etc. etc.»

¿Y despues de esto habrá quien sueñe en antagonismos? El general en jefe no ha podido dar al conde de Reus mejor ni mas brillante entorchado que el que se simboliza con estos ramos de laurel, que pasaron desde la cabeza donde le fueron colocados á su brillantísima hoja de servicios; el general Prim se encuentra altamente satisfecho y si algo le faltara, el pais se lo tiene ya dado con su aprecio.

Ahora solo me resta para concluir, contestar á dos preguntas que todo el mundo se hace. Primera, ¿se hará la paz ó continuará la guerra? Yo tengo para mí que la paz se hace en breve plazo; nuestras tropas no pueden encontrar ya seria resistencia en Africa, y si bien al emperador de Marruecos lo mismo le da por lo que va que por lo que viene, quien le me-

tió sin saberlo en la guerra, será el primero á sentir las necesidades de la paz y se la hará ajustar á cualquier precio, y salvando todo género de dificultades; en cuanto á las ventajas que podamos sacar de nuestros triunfos, yo no soy voto; para mí son bastantes el nombre y la justa fama que hemos adquirido; la importancia que hoy tenemos á los ojos de Europa y de que carecíamos ayer.

Si la paz se hace ¿qué situacion vendrá en seguida para España? Segunda pregunta que tambien voy á contestar. Vendrá la que representa al ejército, sus triunfos y sus glorias; salva la régia prerogativa que todos debemos acatar. No falta quien crea que vendrá la reaccion, ó lo que se conoce vulgarmente con el nombre de la *liga*; podrá suceder muy bien, y hasta ser conveniente para el país. A mí, aunque nada espero, ni quiero nada de ella, no me pesaría; ¿quién sabe si será este el camino por donde se llegue al fin, á la gloria y esplendor de la Monarquía? ¡La Providencia nada mas puede saberlo! Confíemos en ella, y ella nos salvará.

Juan Pérez Calvo.

Esta obra es propiedad de su autor, y con su permiso podrán publicarla los que le obtengan previamente.

Esta obra es propiedad de su autor, y con su permiso po-
drán publicarla los que le obtengan previamente.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID. Bailly-Baillière, calle del Príncipe, 11;
Durán, Vitoria; D. Leocadio Lopez, Carmen, 20; Cuesta
y Matute, calle de Carretas; Moro, Puerta del Sol.

PROVINCIAS. En las principales librerías.
Precio 6 rs. en Madrid y 8 en provincias.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID. Bailly-Bailliere, calle del Príncipe, 11;
Duran, Vitoria; D. Leocadio Lopez, Cármén, 29; Cuesta
y Matute, calle de Carretas; Moro, Puerta del Sol.

PROVINCIAS. En las principales librerías.

Precio 6 rs. en Madrid y 8 en provincias.